

PEDRO MUÑOZ SECA

LOS SABIOS

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1924

LOS SABIOS

LOS SABIOS

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Seca

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el día 30 de Septiembre de 1924

PRIMERA EDICION

MADRID
J. MORALES, Impresor. Vinaroz, 8 (Prosperidad)
1924

A Eduardo Pedrote,

que en esta comedia consolidó su reputación de primerísimo actor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CECILIA	AURORA REDONDO
MARGARITA....................	MARÍA MAYOR
EUGENIA	CONCHA BRAVO
DOÑA LUISA....................	ANA FERRI
FLORINDA.....................	HERMINIA MOLINA
ANA	OFELIA ZAPICO
JUAN	EDUARDO PEDROTE
MARCELO	RICARDO VARGAS
GERVASIO.....................	FEDERICO GORRITZ
GUSTAVO	MANUEL PERALES
RAMÓN.........................	LUIS MANZANO
DON BENITO	ANTONIO GIMBERNAT
DON DIEGO	ANDRÉS TOBÍAS
PEDRO	JUAN MACÍAS
PEDRO (criado)	FRANCISCO MACIAS
LUIS (criado)...................	ANTONIO NAVAN

ACTO PRIMERO

Un salón de la casa-palacio que viven en Madrid los Marqueses de Ananúñez. Puerta de entrada en el foro y otra puerta en cada lateral. Es de día. En el mes de Abril.

(Al levantarse el telón están en escena MARGARITA, GERVASIO y JUAN. Margarita, la marquesa de Ananúñez, es una señora de cuarenta y ocho años, andaluza, de Puente Genil, recriada en Córdoba. Es una mujer bastante nerviosa y padece de denteras. Cuando alguien, por ejemplo, junta los piés, roza una bota con otra y el cuero rechina, o frota infructuosamente una cerilla contra el raspador, Margarita se estremece, chilla, se muerde el dedo índice o se mete el pañuelo en la boca, como si le fuera a dar un ataque de histerismo. Gervasio, el marqués, de cincuenta años, habla

el castellano archibién, pronuncia maravillosamente y se escucha bastante cuando habla. Es calvo, pero él cree que lo disimula administrándose unos cuantos pelos que le arrancan del cogote y se los trae hacia adelante por series, de modo que por detrás tiene, desde el cuello hasta la coronilla, algo así como una escalera. Juan, conde del Charco de Guadalcacín, es de Lebrija, tiene treinta y cinco años, es simpatiquísimo, pero bastote y abrutado. Viste con elegancia; pero se le ve que todo lo que no sean unos zahones, una chaquetilla corta, un sombrero ancho y una varita no le va. Están tomando el café, PEDRO *y* ANA, *criados de la casa, él de calzón corto y ella de cofia de seda, sirven el café, los licores y los tabacos, y entran y salen y recogen el servicio y se lo llevan, todo ello con la mayor naturalidad y ajenos a cuanto hablan los demás personajes.*)

GERV. A ver qué dice de Cecilia ese otro periódico, querido conde.

JUAN (*Cogiendo un periódico.*) Amos a vé, hombre, amos a vé... De sosiedá... Del estrajero...

GERV. (*Remedándole.*) ¡Del estrajero!... Mira que eres... pintoresco, por no decirte otra cosa. Me explico que no pronuncies bien, porque siendo como eres de Lebrija y tratando allí constantemente con pueblanos, pueblinos o pueblerinos, como ahora se dice, no vas a expresarte con la corrección de un burgalés o de un toledano; pero, recárape, cuando lées de-

bes repetir lo que está escrito con todas sus letras, y leyendo extranjero no debes decir «estrajero».

JUAN — Eres un permaso, marqués, como de aquí a la China.

GERV. — ¿Eh?

JUAN — Claro, hombre, ¿qué más te da a tí que lea yo una cosa que otra? ¿Me has entendío? ¡Pues entonse!

MARG. — Gervasio, como es castellano, de lo más castellano. .

JUAN — Sí, crée que es muy fási eso de pronunsiá toas las letras, y no es tan fási. A mí me sobran siempre un puñao de ellas, y cuando puedo me las como.

GERV. — Si a mí no me molesta tanto la elisión o supresión como el cambio. ¿Por qué quitas una letra para poner otra? ¿No es más fácil decir balcón que barcón?

JUAN — Puede que lo sea, pero, vamos, argunas veses el cambio está bien, marqués. Porque tú dises carne, y no dises más que carne; pero dises cajne y se ve hasta er bocao que le tiras. (*Ríe Margarita.*) Mira, tú le dises a una mujé que te guste «chiquilla de mi alma», y no le dises ná.

GERV. — ¿No?

JUAN — No, hombre, no le dises ná. ¡Qué le vas a desi! *(Muy pronunciado.)* «Chiquilllla de mi alllma...» ¡Josú! En cambio le dises, reconsentrao y mordío, «chiquiya de mi arma», y a más de desí un cariño, estás defendieudo er cariño a puñalás.

GERV. ¡Bah!

JUAN En fin, eso es cuestión de temperamentos. A que Margarita, que es de Puente Geni, está conmigo. ¿Verdá, marquesa?

MARG. Ya lo creo.

JUAN Y es que no le des vueltas, cuando un andaluz sale completo, le echas de comé dirsionario y lo metes treinta años en Valladolí, y a los treinta años llama toavía «arcayatas» a las escarpias y guita ar bramante y frijones a las «anlubias» ¿Está bien pronunsiado? ¡¡Anlubias...!!

GERV. Le sobra una ene.

JUAN Pues pónsela a estrajero y estamos en paz.

GERV. (*Riendo.*) Me haces reir, conde.

JUAN Y tú a mí me desquijaras y me descuajaringas, pá que lo sepas.

GERV. ¡Hombre...! (*Trata inútilmente de encender una cerilla, y Margarita, nerviosísima, se estremece, salta, grita, se muerde una mano, etcétera, etc.*)

MARG. ¡Ah...! ¡Ay.. ! ¡Por Dios, Gervasio...! ¡¡Ay, ay, ay...!!

GERV. (*Tirando la cerilla.*) Perdona, mujer; distraido con la charla...

JUAN Si qué estás tú divertida con eso de la dentera.

MARG. Es una desgracia grandísima; pero no lo puedo remediar. Esté donde esté, veo u oigo alguna de esas cosas que a mí me... (*Estremeciéndose.*) ¡Aaay.. ! Ayer en paseo nos detuvimos en el Retiro y un chófer... (*Se estremece.*) con un papel de lija... (*Vuelve a estremecerse.*)

empezó a limpiar una rueda.,. ¡Ay...! (*Salta y grita.*)

GERV. No lo recuerdes, mujer.

MARG. Ayer fué un dia fatal, porque también al confesarme, el sacerdote llevaba sin duda las botas acabaditas de limpiar, rozó una con otra y el chirridito... ¡Ay...! (*Se estremece y muerde el pañuelo.*)

GERV. (*Serio.*) Vamos, vamos, Margarita, que tú empiezas con los recuerdos y acabas con la neuralgia.

MARG. Tienes razón.

JUAN (*Que repasa el periódico.*) ¡Aqui está ya...! Acabáramos. (*Leyendo*). En la Academia de Jurisprudensia...

MARG. ¿A ver?

JUAN (*Leyendo.*) Una conferensia y un «érsito» de la distinguida señorita Cecilia Olivares, hija de los marqueses de Ananúñez.

MARG. (*Secándose una lágrima.*) ¡Qué orgullo experimento...!

GERV. Y yo, Margarita.

MARG. ¡Tener una sola hija y que haya resultado «una as»...!

GERV. Licenciada en letras, doctora dentro de dos meses...

MARG. Una verdadera sabia, y al mismo tiempo tan mona, tan sencjlla, tan corriente, tan mujer.

GERV. Eso es verdad; ni «posse», ni excentricidades, ni tonterias. Ciencia y corazón.

JUAN (*Suspirando.*) ¡Ay, qué mujé me voy a llevá si ella quiere!

MARG. Comprendo que estés loco por ella.

JUAN Loco es poco, marquesa. ¡Es mucha criatura! ¡Lo que sabe...! ¡Y cómo habla...!

GERV. Habla y perlifica.

JUAN ¡Ole!

GERV. Es una prosa la suya tan elevada, tan poética, que al prosaisar petrarquiza las cuestiones más áridas.

JUAN ¡Y ole!

GERV. ¡Cómo habló ayer del descubrimiento del fuego...! ¡Qué descripción aquélla del hombre cuaternario...! ¡Cómo pintó su terror ante el bosque incendiado por un rayo del cielo...! ¡Cómo se le veía huir de la quema...!

MARG. ¡Cuánto sabe...!

GERV. ¡Muchísimo!

JUAN (*Tristemente.*) Quizás más de lo que a mí me conviene. Porque al fin y al cabo uno no sabe más que lo corriente, lo que sabemos tós: las cuatro reglas, o sea sumá, restá, multiplicá y tené educasión, y luego las seis cosillas que sabe tó er mundo: que hay otras rasas y otros pueblos, que er té se cría en la China, que en el Polo Norte hace frío y en er Polo «Sú» hase caló, etcétera, etcétera.

MARG. ¡Claro!

JUAN Ahora, que en lo mío... ella será una as, pero yo soy el rey. En lo que toca a ganadería y a negosios de campo, y a agricurtura en generá, aonde esté yo, está la cátedra. Llevo yo a mi finca de Lebrija a sincuenta sabios y no me dice a mí ninguno cuándo va a llové.

GERV. Naturalmente.

JUAN Es que yo sí lo digo.

GERV. ¿Tú?

JUAN Yo digo cuándo va a llové con veinticuatro horas de antisipasión.

GERV. ¿Tienes alguna dureza quizás que...?

JUAN (*Digno.*) Hombre, marqués, que estamos hablando en serio, y aunque por tablas, estamos hablando de tu hija, que yo quiero que sea mi mujer y sé que tú ves con buenos ojos que lo sea.

GERV. Ya sabes que sería mi bello ideal.

JUAN Gracias.

MARG. Siguen las firmas.

JUAN Y siguen las gracias.

GERV. Nadie puede ofrecerle lo que le ofreces tú: salud, fortuna, nobleza y, sobre todo, una bondad nativa que te hace acreedor a lo que más valga en el mundo.

JUAN Muchas gracias otra vez, Gervasio.

GERV. Ahora, que te repito lo que antes te dije: conviene que leas un poco, que estudies un poco para ponerte a tono con ella.

JUAN Desde hoy voy a prinsipiá a leé, que voy a desgastá er cristá de la lupa. Porque yo leo siempre con una lupa; ve uno las letras grandes y no lee uno cortijo en lugá de cortejo. Luego subiré a la Biblioteca y como me pienso leé tó lo que hay en ella, cogeré un libro ar tún tún y esta noche me lo sampo. A mí a voluntá no me gana nadie, y por tu hija soy yo capá hasta de leerme er *Quijote*.. Por cierto

que he encontrao yo esta tarde a Cesilia una chispita nerviosa y así como preocupá. ¿No habéis notao nada ustedes?

MARG. Lleva así varios días. Yo lo achacaba a los nervios de la conferencia, pero ha pasado la conferencia y sigue lo mismo.

GERV. Es una criatura tan impresionable... Cualquiera tontuna causa en ella una verdadera abrumación. Quién sabe si algún punto científico...

JUAN Sentiría yo que algún punto...

GERV. Si viniera por aquí Gustavo Talledo, el nieto de la Gómez Lorca, uno de sus compañeros de clase, le preguntaríamos... Porque ella tiene en la Universidad dos grandes amigos, este Gustavo y un tal Marcelo Quintana, de quien habla constantemente...

JUAN Dos puntos... científicos, ¿no?

MARG. Por Dios, Juan, ¿vas a tener celos?

JUAN De ese Quintana estoy una chispita mosqueao. Habla ella de él de una manera...

MARG. ¡Bah! Un camarada, un compañero de estudios...

JUAN En fin, si de lo que se trata es de preguntá, ¿por qué no le preguntan ustedes a don Diego Barrena? ¿No es don Diego el que la acompaña a todas partes?

MARG. Sí, como ella no quiere carabinas ni institutrices... Llama, Gervasio, toca uno.

GERV. (*Sin mirar a la pared y buscando con la mano el botón del timbre.*) Seguramente don Diego podrá decirnos...

MARG. (*Estremeciéndose y chillando.*) ¡Ay...! ¡Gervasio...! ¡¡Las uñas...!! ¡La pared!

GERV. ¡Recarape...! Perdona, mujer. (*Toca el timbre.*)

MARG. Hoy estoy incapaz, hijo mío. No lo puedo remediar.

GERV. (*A PEDRO, el criado, que entra en escena por la derecha.*) Diga al señor Barrena que haga el favor de venir. (*Se va Pedro por la puerta del foro.*)

JUAN De paso le daré rasón de un recomendao suyo que por poquito me lo hasen porvo el otro día allá en mi finca.

GERV. ¿Ese mecánico que te recomendó con tanto interés?

MARG. ¿Un tal Astorga, ¿no?

JUAN Astorga. Un güeso. Estando en el molino al cuido de las máquinas se peleó con Serafín el boyero, que, vamos, si no los desapartan, se lo come Serafín. Y tó por una bricoca.

GERV. ¿Cómo has dicho?

JUAN Por una bricoca; porque er boyero, que tiene los ojos malos, había estao en er pueblo a vé ar médico, y er médico le había mandao que s'echara unas gotas de una cosa que decía Serafín que se llamaba «un locutorio», y fué Astorga y le dijo que no era un locutorio, sino un colirio. Prinsipiaron a discutí una mijita agrios; me llamaron a mí pá que yo dijera si era colirio o locutorio, y yo, claro, dije lo que tenía que desí...

GERV. ¿Que dijiste?

JUAN Que como yo no había tenido nunca los ojos malos, que no sabía...

GERV. ¡Bien!

JUAN — Y en cuanti me quité de enmedio, el Astorga le dijo a Serafín no sé qué interjección de su mujer, y se agarrraron, que por poco se matan. El peor librao ha sido el Astorga. El otro está en la cárse, que ya tiene pá rato. Y parese que ahora niega que haya hecho ná. El lune lo sometió er juez a un cacareo con varios testigos, y lo negó tó.

MARG. — Y como tú dices muy bien, todo por una «bricoca».

GERV. — ¡Margarita...!

MARG. — ¿Qué?

GERV. — Que él no dice bien, ni tú tampoco; es bicoca.

DON DIEGO — (*Por el foro.*) ¿Se puede?

GERV. — Adelante, don Diego.

DIEGO — Gracias. (*Entra. Tiene más de sesenta años y parece un preceptor o un mayordomo ya jubilado.*) A los piés de la señora marquesa... Beso la mano al señor marqués.

JUAN — Hola, Barrena.

DIEGO — Para servir al señor conde. ¿Está bien el señor conde?

JUAN — Muy bien, muchas gracias, amigo don Diego. Qué, ¿ha sabido usté ya lo de Astorga?

DIEGO — Sí, señor, estoy al cabo de la calle.

JUAN — ¿Y qué le ha paresido a uste?

DIEGO — Una gran mentecatada, señor conde; una mentecatada de Astorga. ¿A quién se le ocurre discutir con una bestia, que no sabe lo que es un colirio; porque una persona que no sabe lo que es un colirio, ni lo que es un locutorio, es una bestia.

JUAN Hombre, don Diego, a lo mejor la gente no sabe...

DIEGO Nada, nada; una bestia.

JUAN Está bien, hombre.

DIEGO Creo que le ha hecho mucho daño, ¿no?

JUAN Disen que le ha partido una clavícula vertebral.

DIEGO ¿Eh?

JUAN El, para cersionarse, ha ido a Sevilla a que le hagan una hidrografía con los raxos X.

GERV. (¡Atiza!)

JUAN Ahora, que a lo mejó tó queda en ná, porque los médicos desajeran mucho. Cuando yo vorqué con el auto dijeron que lo de mi brazo era una «lursión», y luego no era más que un güeso con agujetas.

GERV. (*Aparte a Margarita.*) Es una lástima; pero no es posible que sea nuestro yerno.

DIEGO Entonces, y según eso, Astorga está ahora en Sevilla, ¿no?

GERV. Desde el lunes.

DIEGO Pues Dios quiera que todo se reduzca a un susto...

JUAN ¡Ajolá?

GERV. Le hemos llamado, amigo Barrena, porque desde hace varios días notamos a Cecilia un si es o no es descentrada, y como usted la acompaña a todas partes y ve con quién habla y oye lo que habla con cada «con quién», desearíamos que nos dijese a qué atribuye usted ese nerviosismo. ¿Ha tenido algún disgusto universitario? ¿Algún catedrático poco com-

placiente o algún compañero poco exquisito...?

JUAN (*Que oye entusiasmado a Gervasio, a Margarita.*) ¡Cómo habla!

GERV. (*Muy envanecido.*) ¿Cree usted que hay algo que la acucia y la obstaculiza? ¿Algo que la hiere o vulnera?

JUAN (*Como antes.*) ¡Josú!

GERV. (*Cada vez más poseido.*) Porque ella, de alegre, refosilada y talantosa, se ha trocado en tácita y callada.

JUAN Eres un armonium, Gervasio.

GERV. En cuanto leas como yo leo, hablarás como yo hablo. Respóndame, don Diego.

DIEGO Pues verán ustedes... y perdonen que yo no me exprese literatescamente ni retoriqueando,

MARG. (*Escuchándose.*) La sencillez es patrimonio de los humildes.

GERV. Bonito, Margarita, bonito.

DIEGO Bellísimo, marquesa.

JUAN Nada, que seis una familia, que hay que vé los tres cómo seis.

DIEGO Pues yo, en efecto, he notado los nervios de la señorita, y la preocupación debe obedecer a algún punto científico, porque esta mañana me encargó que fuese a casa del señorito Gustavo y que le dijese de su parte que era absolutamente preciso que trajese hóy al señorito Marcelo.

GERV. ¿Estáis viendo?

JUAN ¿Ese Marcelo es uno que se apellida Quintana?

DIEGO — Sí, señor. (*Juan tuerce el gesto.*) Es el mejor alumno de la Universidad: un verdadero sabio. Todo el mundo le quiere muchísimo. Don Gustavo, sobre todo, le adora. Dice don Gustavo que...

GUSTAVO — (*En la puerta del fondo.*) ¿Están ustedes hablando de mí? (*Tiene treinta años. Muy elegante y muy simpático.*)

GERV. — ¡Hombre...!

MARG. — ¡Gustavo...!

GERV. — Tú tan oportuno como siempre.

GUST. — (*Besando a la marquesa la mano que ésta le tiende.*) Marquesa... ¿Cómo va, marqués...? Hola, Barrenilla...

GERV. — (*Presentando.*) Gustavo Talledo... El conde del Charco del Guadalcacín...

GUST. — (*Alargándole la mano.*) He oído hablar de usted y tengo una gran satisfacción...

JUAN — Lo mismo digo.

GUST. — ¿Y Cecilia?

MARG. — Ahora bajará. Subió a escribir unas cartas contestando a los que la han felicitado por su éxito de ayer...

GUST. — ¡Ah! Que no falte mi enhorabuena «ab imo pectore» y «ab integro», padres felices. ¡Cómo estuvo la niña...! ¡Qué bestia...! ¡Qué bruta...! En fin, «quales pater, tales filius», que dijo... uno hace muchos años, ¿verdad?

MARG. — Pero siéntate, hombre.

GUST. — (*Sentándose.*) Gracias. Bueno. ¿y por qué sonaba mi nombre?

GERV. — A propósito del encargo que te hizo esta mañana don Diego de parte de Cecilia.

GUST. Y que ya está cumplido, por cierto. ¿No ha venido Marcelo Quintana todavía?

MARG. No.

GUST. Pues me dijo que estaria aqui antes de las cuatro.

DIEGO ¿De modo que no estaba enfermo?

GUST. Está en plena salud. Ha faltado varios días a clase porque ha tenido que hacer un trabajo urgente. Como el pobre tiene que ganarse la vida al mismo tiempo que cursa el doctorado...

GERV. Es lástima que jóvenes de verdadero mérito se vean obligados a vivir en la estrechez. Debía dárseles una subvención para que pudieran consagrarse exclusivamente a la Ciencia.

GUST. Marcelo puede hacerlo todo a la vez. No es sólo un sabio verdadero; es también un caso de voluntad.

MARG. Mucho debe valer cuando nuestra hija le admira de ese modo.

JUAN Es verdá; lo digo con cierta pena, pero lo digo: para ser admirado por Cesilia hase falta...

GUST. Hace falta ser Marcelo, o lo que es lo mismo, el único de nuestros condiscípulos que sabe tanto o más que ella... ¡Y cuidado que hay que saber para dejarse atrás a nuestra futura doctora!

MARG. ¡Es mucha Cecilia!

GUST. Como que en ella y por ella ha realizado el feminismo su mejor conquista: dar un atractivo irresistible a la Ciencia, ¿verdad?

JUAN No sé qué decirle.

GUST. No, si no interrogo; este «verdad» no es pregunta, es muletilla... (*Sonriendo.*) Sí... Antes el sabio inspiraba antipatía, casi repulsión. Era, generalmente, un señor muy viejo, muy feo, muy sucio, muy áspero, envuelto en una bata lamparosa y casposa...

MARG. (*Asqueada.*) ¡Jesús!

GUST. Y con un gorro mugriento en la cabeza. ¿Quién se acercaba con gusto a la sabiduría encarnada en esa forma? Hoy la mujer comparte con el hombre el cetro de la erudición; el saber ha dejado de ser patrimonio exclusivo de la clase media para serlo también de la aristocracia, y... no hay nada tan agradable como una sabia con título de nobleza, cara de rosa, collar de perlas y veinte abriles por añadidura, ¿verdad?

JUAN Aunque sea muletilla, es verdad.

GERV. Ya lo creo. Cecilia es hoy en España un gran ejemplo.

GUST. Eso digo yo cuando la veo llegar a clase todos los días.

MARG. ¿Pero tú vas todos los días a clase?

GUST. Mujer, todos, todos no diré; pero en fin, voy algunos.

GERV. No he visto nada tan raro como el afán que te ha dado de seguir una carrera, y a tu edad...

GUST. Yo tampoco.

GERV. ¿Entonces por qué la sigues?

GUST. ¡Ah! ¿Pero lo ignoras? ¿No sabes que mi tío Angel me dejó un legado de cuarenta mil duros a condición de que había de hacerme doctor en Filosofía y Letras?

MARG. ¿Es posible?

GUST. Sí. ¡Angel mío...! Me dió esa bromita de ultratumba. ¡Dios le tenga en su santo seno! Siempre estaba diciéndome: «Tienes que saber algo, Gustavo, tienes que estudiar; si no lo haces no será para ti ni un solo céntimo de mi herencia.» Yo me reía, ¿verdad? ¡Me reía ..! ¡Sí, sí...! Al abrirse el testamento me encontré conque no podía entrar en posesión de las doscientas mil pesetas que me dejaba sino el dia que ciñera a mis sienes la borla azul.

GERV. Y estás decidido a ceñirla, ¿no?

GUST. ¡A ver qué vida! Por dinero se hace todo, y perdona el chulismo. Sin dinero no hay nada posible, como dijo... uno: «Absque argenta omnia vana.»

GERV. Muy bien.

DIEGO Además, que teniendo don Gustavo quien estudie por él...

MARG. ¿Quien estudie por él?

GUST. Sí, mujer. Yo no he abierto un libro jamás. Es Marcelo quien me mete las asignaturas en la cabeza a tornillo. Entran con dificultad, pero al cabo entran.

JUAN (*Encandilado.*) ¿Pero puede uno, sin estudiá ni ná, aprendé y llegá a sé doctó?

GUST. Ya lo creo; Marcelo Quintana es capaz de hacer esos milagros.

GERV. Ahora me explico la admiración que sientes por él.

GUST. En mi admiración no ponen nada la gratitud ni el cariño. Le admiro por su talento, por su

saber, y eso que no puede dedicarse al estudio, que es su pasión, sino a ratos perdidos... La necesidad de atender a los gastos de su casa le ocupa a todas horas con clases particulares, con traducciones de obras extranjeras, etcétera, etcétera.

MARG. ¿Tan pobre es?

GUST. Su trabajo es su única renta. Con él se ha pagado la carrera, ¿verdad?, y con él, desde los doce años, ayuda a su madre, viuda, una excelente señora, que por su parte también contribuye al sostenimiento del mezquino hogar admitiendo en él a otras personas...

MARG. ¿Cómo? ¿Tiene huéspedes?

GUST. Dos, que yo sepa: un empleado de Fomento y una joven tan interesante como simpática... por más que esta última sospecho que debe servirles de carga más que de alivio, porque es una huérfana sin dos reales, ¿verdad?

MARG. ¡Qué injusta es la suerte!

GERV. Verdad, Margarita. Cuántos que no servimos para nada pajaroteamos, pompeamos, cumbreamos y tenemos más de lo que necesitamos, mientras que ese joven, que es una lumbrera, carece de lo necesario. En fin, la vida es así, y hay que tomarla como es. Después de todo, dentro de un siglo todos calvos.

JUAN Tú te has adelantado, querido marqués.

DIEGO (*Mirando hacia la izquierda.*) Aquí viene la señorita... (*Entra en escena, por la puerta de la izquierda, CECILIA, una muchacha monísima, elegantísima, naturalísima y corrientísima.*)

CECI. Hola, Gustavo...

GUST (*Saludándola.*) ¡Oh! Cecilia... Nuevas felicitaciones. Los periódicos echan las campanas al vuelo en tu honor...

CECI. ¿Has visto? Estoy contentísima.

MARG. ¿Acabaste lo que tenias que hacer?

CECI. Quiá, tengo alli una nube de cartas... pero oí la voz de Gustavo, y he salido a saber si habia hecho el encargo que le envié.

GUST. Venía precisamente a darte cuenta de su resultado.

CECI. ¿Satisfactorio, por supuesto?

GUST. ¿Podia no serlo? Marcelo vendrá al instante. Yo contaba conque estaría ya aqui.

CECI. ¿No le ha extrañado mi llamada?

GUST. ¿Cómo ha de extrañarle que quieras hacerle una consulta?

JUAN (*Más tranquilo.*) ¡Ah! ¿Pero lo llamas para hacerle una consulta...?

CECI. Sí, deseo consultarle sobre el discurso del doctorado. No sé si cambiar de tema. El que he escogido temo que resulte pretencioso...

MARG. ¿Pretenciosa una cosa tuya?

GERV. ¡Bah! No le hagan ustedes caso.

GUST. Claro, el tema es de lo más nuevo.

DIEGO Y de lo más sugestivo.

JUAN ¿Qué es? ¿Qué es...?

GERV. Figúrate: la mujer prehistórica y el hogar troglodita.

JUAN ¿Cómo?

GERV. El hogar troglodita.

JUAN ¿Y dónde está Troglodia?

GERV. (*Riendo.*) ¡Hombre...!

GUST. (*Idem.*) ¡Caramba...!

DIEGO (*Idem.*) ¡Las cosas del señor conde!

CECI. ¡Parece mentira!

JUAN (*A Margarita.*) No sé de qué se ríen, marquesa.

MARG. De que tú crees que «toglodita» es un pueblo, y no es más que un monarca.

GUST. (¡Atiza!)

CECI. ¡Mamá!

GERV. ¡Margarita...! (*A Juan.*) El tema de la niña es un estudio sobre lo que eran las mujeres primitivas y los hombres primitivos: los que vivían en las cavernas.

JUAN ¡Ah...! De eso he leído yo argo...

MARG. Yo a los hombres me los figuro muy grandes, muy negros, cubiertos de pelos como los osos y con un ojo enmedio de la frente.

CECI. Por Dios, mamá... Los del ojo en la frente no eran los trogloditas.

JUAN Claro, esos eran los «cónclaves». (*Risas.*)

CECI. (*Cariñosamente.*) Los cíclopes, borricote.

JUAN Es verdá, me he confundio. (*Comiéndosela con los ojos, a media voz.*) Pero es que te veo y me acarnero, chiquilla.

CECI. Hombre...

JUAN Me miras y se me hase agua el hosico.

CECI. ¡Por Dios, Juan, qué cosas dices!

JUAN ¿Qué quieres que te diga, si me tienes loco? Desde hoy mismo voy a prinsipiá a estudiá, a vé si achico a... ese Marselo... (*Cecilia le mira de arriba abajo.*) Yo sé un refrán que dise:

«El que toma a la zorra y la desueya, ha de sabé más que eya...» y yo voy a acabá sabiendo más que tú pa desoyarte.

CECI. Bueno, como no sabes lo que dices, no te contesto.

JUAN ¿Que no sé lo que digo...? *(En alta voz.)* Señores, desde ahora mismo voy a empezar a estudiá. *(A Don Diego.)* Acompáñeme usté pá que sea usté testigo.

GERV. ¿Pero qué vas a hacer, conde?

JUAN Mira, yo subo ahora mismo a la Biblioteca, me pongo en el sentro, sierro los «sojos», doy una güerta con er braso estirao y er deo tieso, como si fuera una reolina, abro los «sojos», y er libro que enfile er deo lo cojo y me lo aprendo, sea er que sea. Y detrás de ese, tós los demás. *(A Don Diego.)* Vamos.

DIEGO ¿Pero...?

JUAN *(Llevándoselo casi a la fuerza.)* Ná, hombre, que ya me he cansao yo de hasé el... toglodita. *(Se van por la derecha. Todos ríen.)*

GERV. ¡Es mucho conde!

GUST. De lo más simpático.

MARG. ¿Verdad que sí? Tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

GUST. ¿Este es ese aficionado a las manzanas de Reineta, que creyendo que Reineta era un pueblo estuvo seis meses en automóvil buscándolo?

CECI. Sí. Dice y hace unas cosas divertidísimas. No sabe el valor de las palabras. Esta mañana ya lo oyeron ustedes, leyendo en «El Despertar

Agrario» un artículo sobre la resinación de los pinos, exclamó de pronto: «¡Qué idiotas son estos escritores...! ¿Qué van a hacer los pobres pinos más que resinarse?»

MARG. Sí, dijo eso; pero dijo también otra cosa que nos dejó a todos con la boca abierta, porque no parecía la frase digna de él. Dijo, aludiendo a tu triunfo de anoche, que a él le gustaban las mujeres menos científicas, porque donde manda la cabeza no manda el corazón. Y tiene razón, hija mía. Yo no digo que debas renunciar a tus estudios...

GERV. ¡Por Dios...!

GUST. ¡No faltaría más...!

MARG. ¡Líbreme Dios de darte semejante consejo...! Creo, por el contrario, que debes seguir cultivando el talento que Dios te ha dado por mi conducto, y que tanto nos enorgullece a tu padre y a mí; pero sin olvidar que la felicidad de una mujer sólo puede encontrarse...

CECI. (*Atajándola.*) Suprime el discurso, mamaíta. porque es inútil que te canses; estoy de acuerdo contigo.

MARG. ¿Es de veras?

CECI. ¿Lo he negado nunca, por ventura? Mi empeño de seguir una carrera no es más que un accidente de mi vida, una extravagancia si quieres. Pensar únicamente en trapos y en bailes, como hacen las muchachas que hoy se estilan, no satisfacía a mi espíritu, y por eso quise ilustrarme, dar buen ejemplo, servir para algo... pero sin convertirme en «sabia

profesional», sin vivir en las nubes, sin renunciar a mis derechos de mujer... Porque yo quiero ser mujer... Y al decir que quiero ser mujer, ya digo implícitamente que quiero cimentar la felicidad de mi vida en el cariño de un hombre.

GERV. (*Que escuchaba a su hija conmovido y con la boca abierta, porque siempre la escucha así, como arrobado y embobado, se seca una lágrima y lanza entre un hipo y un gruñido.*) ¡Hip...!

MARG. ¡Muy bien, hija mía...! ¡Muy bien!

GUST. ¡Es única! (*A Gervasio*) Y veo que sigue usted conmoviéndose siempre que la escucha...

GERV. No lo puedo remediar. ¡Habla con tanta cordura... ¡Piensa tan bien...!

CECI. ¿Pero creían que podía pensar de otro modo...?

MARG. Mujer, como siempre que te hablamos del conde opones esa resistencia...

CECI. ¿Y acaso te figuras...? No, mamaíta. Yo hablo de un hombre... en general, no del conde en particular.

GERV. Tu madre te habla del conde, porque no puede negarse que te conviene. Tiene un nombre ilustre, una gran fortuna, siente por mí una profunda admiración y...

MARG. Y está loco por ti, Cecilia.

GERV. Es verdad.

MARG. Lo que está haciendo en este momento no lo hacen todos. Eso de apuntar con los ojos cerrados para caer sobre un libro y estudiárselo, sea el que sea...

GUST. Eso es heróico, marquesa.

CECI. Reconozco que es un hombre excelente, pero no creo necesitar esforzarme mucho para que comprendáis que no es Juan Tagarote, como le llaman en Lebrija, el marido con que yo sueño.

MARG. ¿Pero es que sueñas con alguno determinado...?

CECI. (*Vacilando.*) No sé...

MARG. ¡Sí! ¡Sí...! Algo nos ocultas. Te lo conozco en la cara...

GERV. ¡Hija mía...!

CECI. Pues bien, os diré la verdad. Precisamente hace días que vengo buscando un momento oportuno para descubrírosla. Ya ha llegado.

GUST. (*Levantándose.*) Tratándose de confidencias familiares, la discreción me aconseja retirarme. (*Saludando.*) Marquesa...

CECI. No, no; no te vayas. Tu presencia puede serme útil; te ruego que te quedes.

GUST. Si me haces ese honor...

CECI. Te lo suplico.

GUST. Basta. (*Vuelve a sentarse.*)

MARG. Hija mía, habla pronto. ¿Qué misterio es el que vas a descubrirnos?

GERV. ¿Estás enamorada tal vez...?

CECI. Sí, papá, estoy enamorada, y como no concibo la vida sino al lado del hombre a quien quiero, estoy resuelta a casarme con él. (*Asombro en todos.*) Os asombra, ¿verdad?

GERV. ¡Como nunca habias dicho nada...!

MARG. Es la primera queja que tengo de ti, hija mía.

Una madre que te adora, como yo, tenía derecho a saber eso antes que nadie.

CECI. ¿Antes que el mismo interesado?

MARG. ¿Qué dices?

CECI. Que esta es la primera vez que mi secreto sale a mi boca.

MARG. ¿Pero el hombre a quien tú quieres, no sabe...?

CECI. No.

MARG. Entonces, ¿cómo has dicho que estás resuelta a casarte con él?

CECI. Porque tomaré yo misma la iniciativa, si no hay otro camino.

GERV. ¡¡Cecilia!!

MARG. ¿Estás loca...?

GERV. Vamos, vamos; recapacita, piensa...

CECI. Lo tengo muy pensado. Las conveniencias sociales no me detienen cuando las encuentro estúpidas. De algo ha de servirme el haberme educado pensando en cosas serias y no en frivolidades. Yo entiendo que una mujer puede, sin mengua de su decoro, dejar ver a un hombre que le quiere, cuando su cariño es honrado, cuando cree que puede hacerle dichoso.

GERV. (*Como antes.*) ¡Hip...!

CECI. No se me oculta que ante el código social es crimen imperdonable que una muchacha soltera descubra noblemente sus sentimientos; que sólo le es lícito atraer a su elegido con ficciones y coqueterías, porque las mentiras se le permiten, la verdad no... Pero yo estoy

vaciada en otro molde; yo sé que la verdad no deshonra nunca y no tengo, por tanto, inconveniente en decir en voz alta, que quiero a Marcelo Quintana.

GUST. ¿Eh?

GERV. ¿Qué?

MARG. ¿Pero es ese Marcelo...?

CECI. Sí, mamá; es ese Marcelo, al que pronto vas a ver, porque para eso le he mandado llamar: para que le conozcáis y para que desde hoy pueda entrar en casa. Lo de la consulta ha sido un pretexto... Perdóname, Gustavo, que haya apelado a ese subterfugio...

GUST. Mujer, por Dios, no tengo nada que perdonarte, sino por el contrario, mucho que agradecerte por haberte acordado de mí, ¿verdad? Ya puedes comprender que me sería muy grato haber contribuido con este pequeño servicio a tu felicidad y a la de Marcelo.

GERV. Bueno, bueno, vamos con calma...

CECI. ¿Eh...?

GERV. Vamos con calma, por Dios, porque esto me parece una locura...

MARG. Dice bien tu padre, Cecilia; es haber perdido el juicio querer a un hombre del que ni siquiera sabes si corresponde a tu cariño.

CECI. Ya os he dicho que él ignora el sentimiento que me inspira; por eso trato de dárselo a conocer...

MARG. ¿Tú?

GERV. ¿Una mujer?

GUST. Eso lo dice un poquillo exaltada...

CECI. Nada de eso; lo digo muy serenamente. Y os repito que no me detengo ante los hipócritas miramientos del mundo. ¿Por qué lo que se permite a los hombres no ha de permitirse también a las mujeres? ¿Por qué he de estar condenada a no poder manifestar mi cariño, un cariño tan grande como el que siento, un cariño que llena mi vida, un cariño sin el cual no seré nunca dichosa?

GUST. (¡Caramba, cómo está...!)

MARG. Debes considerar que la diferencia de clases...

GERV. Todo os separa; el rango, la fortuna...

CECI. Al contrario, eso es precisamente lo que más me liga a él. ¿Creéis por ventura que nuestra posición y nuestra riqueza valen más que su talento, que su saber, que el porvenir brillante que le está reservado? ¿No es un dolor, casi una ignominia, que un muchacho a quien todo el mundo señala como una futura gloria, se vea obligado a ganarse penosamente el pan de cada día, robándole el tiempo a sus especulaciones y a sus estudios, con los que ha de dar lustre a su patria?

GERV. (*Como siempre, contemplándola babicaído e hipando.*) ¡Hip!

CECI. Quien le redima de esa esclavitud prestará un gran servicio a la cultura española... Y yo quiero asociar mi amor a esa gran obra; yo quiero poder decirle: «ya no tienes que pensar en las miserias de la vida; ya puedes consagrarte a la ciencia; ya tienes medios para todo...» ¿Creéis que podemos dar mejor em-

pleo a nuestra riqueza que la de poder decirnos a nosotros mismos «hemos contribuido a la gloria de nuestra nación, al esplendor de España...?

GERV. (*Casi rompiendo a llorar.*) ¡Hip...! ¡Hip...! ¡Hija mía...!

MARG. Me convence, Gervasio, me convence y me conmueve.

GUST. (Marcelo ha hecho su suerte.)

JUAN (*Por la derecha, con un libro en la mano y seguido de don Diego.*) ¡Aquí está el de la suerte...! (*Enseña el libro.*) ¡El de la suerte! (*Nadie le hace caso.*) ¿Qué ocurre...?

MARG. Nada, hombre, nada.

JUAN Pues subí, y que diga don Dieguito: sin trampas ni pamplinas. Llegué... y pim, pam... (*Da una vuelta con los ojos cerrados.*) ¡Este...! (*Le mete la mano por la cara a Gervasio.*)

GERV. ¡Recarape, Juan...!

JUAN Perdona...

CECI. ¿Y cuál ha sido...?

JUAN Este. Biblioteca clásica Sentencias de Publio Syro.

CECI. No está mal.

JUAN Las he estao hojeando, y estas sentensías me las aprendo yo como er Padrenuestro.

CECI. Pueden ser de mucha utilidad para ti. Y eso que... trae, mira lo que dice una de ellas, a ver si la encuentro: (*Toma el libro y lo abre. Leyendo.*) «El amor, como las lágrimas, brota en los ojos y cae en el pecho...» No es esta...

JUAN ¡Chavó con don Publio!

CECI. Aquí está. (*Lee.*) «Nada más dulce que la vida si se ignora todo; porque la falta de sabiduría es mal sin dolor.

ANA (*Por la puerta del foro.*) ¿Señorita...? Don Marcelo Quintana pregunta por la señorita.

CECI. (*Dejando caer al suelo el libro de las sentencias.*) ¡Ah...!

JUAN (*Recogiéndolo y mirándola receloso.*) ¿Eh...?

CECI. (*A Ana.*) Que pase, que pase al momento. (*Vase Ana.*)

GERV. Por Dios, Cecilia, piensa lo que vas a decirle...

CECI. Lo estrictamente necesario para hacerme comprender.

MARG. (*Por Juan, y apuradísima.*) Mujer, no olvides que está aquí...

JUAN (*Alarmado.*) (¿Eh?)

CECI. Sí, pero... (*Pausa molesta para todos.*)

JUAN (*Muy triste.*) No, si ya desía yo... (*Nueva pausa. A don Diego, casi conmovido.*) Tome usté, don Dieguito; póngalo usté otra vez donde estaba. Lo cogí a ojos serraos, porque a ojos serraos lo estaba hasiendo tó, y a ojos serraos no se pué hasé ná. (*Le da el libro de las sentencias.*)

MARCELO (*En la puerta del foro.*) ¿Se puede?

CECI. Adelante, amigo mío, adelante... (*Marcelo es un muchacho muy simpático que viste con modestia y pulcritud.*)

MAR. Perdone si he tardado en acudir a su llamamiento. Tenía una clase particular a esta hora y...

CECI. Usted llega siempre con oportunidad a esta

casa. Pero permítame ante todo que le presente a mis padres... Marcelo Quintana, mi compañero de carrera...

MAR. Señora...

MARG. Tanto gusto... (*Le da la mano.*)

GERV. (*Saludándole.*) Tenemos de usted las mejores noticias...

MAR. Muy amable... Buenas tardes, don Diego.

DIEGO Buenas tardes, señor Quintana.

MAR. (*Abraza, sin frase, a Gustavo y saluda a Juan con uua inclinación de cabeza.*)

CECI. (*Presentando.*) El Conde del Charco de Guadalcacín...

JUAN. (*Resignado, alargándole la mano.*) Para servir a usté.

MAR. Lo mismo digo.

MARG. Siéntese.

MAR. Gracias. (*Se sienta.*)

MAR. Ya sabemos que es usted un fenómeno...

CECI. ¡Mamá!

GERV. ¡Mujer...!

MAR. (*Sonriendo.*) Comprendido, marquesa, comprendido... (*Nerviosamente roza un zapato con el otro y produce el chirridito que saca de tino a la marquesa.*)

MARG. (*Descompuestísima.*) ¡¡Ay...!! ¡¡Por Dios...!! (*Todos se asustan. A Marcelo.*) ¡Cállese usted! ¡¡Ay!!

MAR. (*Asustado.*) ¡Ay! (*Repite el ruido.*)

MARG. ¡No haga usted eso! ¡Ay...!

MAR. (*Atolondrado.*) ¿Pero...?

GERV. (*A Marcelo.*) ¡Los pies...!

CECI. (*Idem.*) ¡Las botas...!

DIEGO (*Idem.*) ¡Los zapatos...!

MAR. (*Asustado, mirándose.*) ¿Pero qué...?

GUST. ¡La dentera...!

JUAN (*Con cierta calma.*) Ná, hombre; que a la marquesa le dan denteras cuando arguien rosa una bota con la otra y hase er grillo.

MAR. ¡Ah! No sabía... Perdóneme por Dios, señora.

MARG. Es usted quien tiene que perdonarme a mí; pero es que, lo oigo y... (*Se estremece.*)

GERV. Bueno, ya pasó, y no hay que ocuparse más del asunto... (*A Marcelo.*) De manera que es usted el as de la Universidad.

MAR. Nada de eso. La bondad de Cecilia exagera mi escaso valer Ella sí que es verdaderamente admirable.

CECI. ¡Pobre de mí...! ¿Qué soy yo al lado suyo? ¿Cuándo poseeré cinco idiomas como él? ¿Cuándo seré una autoridad en materias históricas, filológicas y sociales? Porque ahora va a hacer el tercer doctorado... Y todo esto a los veintiséis años... Usted no tiene más que veintiséis años, ¿verdad?

MAR. Veintiséis y medio.

CECI. Es lo mismo.

MAR. Bueno, no ofenda mi modestia y dígame en qué puedo servirla, para qué me ha hecho el honor de llamarme...

CECI. Ante todo para saber de su salud. Me tenía inquieta no haberle visto durante tantos días por la Universidad...

MAR. Mil gracias.. Ya le habrá dicho Gustavo que he tenido unas traducciones urgentes...

CECI. No...

MAR. Para mí el terminar este tercer doctorado es un lujo... un lujo que no puedo permitirme a diario. Llevo demasiadas cargas encima para poder consagrarme al recreo del espíritu...

CECI. Es irritante que un entendimiento como el suyo se vea obligado a ocuparse de ciertos menesteres, en vez de levantar el vuelo a otras alturas...

GUST. Es verdad.

MAR. Esa es la prosa de la existencia; pero aun la misma prosa tiene a veces su poesía... Cuando se trabaja por una madre a la que se adora, el más ruín de los trabajos se ennoblece. Pero en fín, no hablemos de mí sino de usted, del objeto de su llamada, que me figuro que no puede ser otro que el de continuar nuestra última conversación sobre el tema de su discurso de Doctorado. ¿Me equivoco?

CECI. En efecto, ha acertado usted. Sobre eso quería consultarle de nuevo. He pensado mucho y me parece que «El hogar troglodita» es tema más propio para ser estudiado por un hombre que por una mujer.

MAR. Al contrario, amiga mía. Difícilmente dentro de la aridez, que es el escollo de las investigaciones científicas, podría encontrarse nada tan ameno, y sobre todo tan femenino. La mujer es la reina del hogar, puede decirse que el hogar mismo, y es por consiguiente natural y lógico que sea una mujer la que trate de investigar los orígenes de ese hogar donde

reina. Ir a descubrirlo a los pueblos orientales, a Grecia o a Roma, sería una vulgaridad indigna de usted... La raiz del hogar está más allá de la Historia misma; está en la prehistoria, y allí es donde usted va a buscarla, con buen acuerdo, por el procedimiento inductivo, único que se puede emplear en este caso.

GUST. ¡Claro!

GERV. Evidente.

MAR. Pintando al hombre primitivo luchando con los elementos, con el hambre, con las fieras, se tropieza con lo que es el germen del hogar, es decir, con la cueva del troglodita... porque en aquella caverna inhospitalitaria, su único refugio contra el sol y contra la nieve, ya encontraba el hombre prehistórico, al volver de sus cacerías, lo que era el único consuelo de su trabajosa existencia: la mujer, la compañera, la que le preparaba el alimento, la que cuidaba de los hijos; en una palabra, la que empezaba a encender en las tinieblas de un mundo en formación la luz que luego había de iluminarle a través de todos los siglos y de todas las civilizaciones, la luz divina del amor.

GERV. ¡Hip...!

CECI. (*Conmovida también.*) ¡Papá...! ¿Has oído...?

MARG. ¡Cómo habla!

MAR. ¡Por Dios santo, marquesa!

CECI. Nada, no cambiaré de tema; aunque seguramente no sabré desarrollarlo con la elocuencia con que usted acaba de hacerlo.

MAR. Lo hará usted mejor mil veces. Para pintar cuanto se relacione con el amor, las mujeres tienen ustedes en su paleta matices más delicados que nosotros.

CECI. Para pintarlo, no sé; para sentirlo, sí. (*Margarita y Gervasio manifiestan cierta inquietud.*)

GERV. Bien, hombre, bien...

CECI. Yo creo que el verdadero amor es patrimonio exclusivo nuestro...

MAR. ¿Lo dice usted por si misma?

CECI. Tal vez...

GERV. (*Queriendo disimular.*) ¿Qué hay, Juan? ¿Qué cuentas...? (*Juan se encoge de hombros por toda contestación.*)

MAR. ¿De modo que usted, cuando quiera a un hombre, lo querrá...?

CECI. (*Con fuego.*) Como quiso Teresa de Jesús a su Amado; como quiso a su esposo aquella infeliz reina que no consintió en apartarse nunca de su cadáver; como han querido las mujeres cuyo ejemplo guarda la Historia...

JUAN (¡Lo que me pierdo por irnorante!)

CECI. Pero, en fin, a usted le interesan poco estas cosas, ¿no? Su consagración a la ciencia no debe dejarle tiempo para pensar en las cosas del corazón.

GERV. ¡Claro...!

MARG. Y hace muy bien...

MAR. Pues se engañan ustedes de medio a medio.

GUST. Hombre, eso me gusta... (*Procura siempre que puede guiñarle y hacerle señas, que Marcelo no advierte, o finge no advertir.*)

MAR. Mi ansia de saber no constituye la ilusión de mi vida, y si la siento no es por vanidad, no es porque puedan decir de mí andando el tiempo que soy un polígrafo; es por llegar a tener una posición en el mundo, para ofrecérsela a la mujer que quiero. (*Todos están como sobre un volcán.*)

CECI. (*Temblorosa.*) ¿Pero usted... quiere...?

MAR. Sí... aunque con un cariño desventurado... ¡imposible! En mi precaria situación no puedo pensar en casarme...

GUST. (*Haciéndole señas.*) ¡Ejem...! Caramba, hombre, pues no sabía.

CECI. El carecer de dinero no es obstáculo... La mujer puede tenerlo de sobra y qué mejor empleo puede darse a la riqueza que el de romper las trabas que encadenan al genio para que pueda volar libremente.

MAR. Si todo el mundo pensara como usted, la tierra sería un paraíso.

CECI. ¿Hay quien puede pensar de otro modo? ¿La mujer que usted quiere quizás?

MAR. No, ella es todo bondad, todo hermosura, todo perfecciones...

CECI. ¿Pero quién es...? ¡Ay, perdone. .! La amistad que le profeso justifica la curiosidad...

MAR. ¿Quiere usted saber lo que ella misma ignora?

CECI. ¿Eh? ¿Ella ignora que usted la quiere?

MAR. Jamás me he atrevido a decírselo, ¿para qué? Le repito que mi cariño es imposible.

CECI. Yo creo que debe usted exagerar la dificultad, Marcelo, y hasta tal vez calumnie usted a

esa mujer, suponiéndola capaz de rechazarle por ser pobre.

MAR. Es que ella es tan pobre como yo.

CECI. (*De una pieza.*) ¿Eh? (*Se levanta.*)

MAR. Más pobre aún que yo, y siendo así, ya comprenderá usted que... (*Estas palabras de Marcelo producen en cada personaje un efecto distinto. A Cecilia, como si le hubieran dado en la cabeza con una maza. Gustavo y don Diego cambian una mirada como diciendo: «Es idiota el pobre.» Margarita y Gervasio se miran con satisfacción, y Juan respira a sus anchas y se estira los puños como diciendo: «Aún hay patria.»*)

CECI. (*Temblorosa, demudada.*) ¿Pero está usted seguro de que ella es pobre?

MAR. ¿No he de estarlo? Por eso le oculto...

CECI. ¿Quién es esa mujer, Marcelo? ¡Dígamelo!

MAR. (*Vacilando.*) Pero si usted no la conoce...

CECI. No importa. Tal vez yo pueda... Se lo ruego.

MAR. (*Como quien no sabe lo que decir.*) Pues es una amiga de la infancia, una joven que se crió a mi lado...

GUST. ¿Eugenia...?

CECI. ¿Esa joven que vive en su casa...?

MAR. Sí.

CECI. Debí figurármelo... (*Vacila y se sostiene a duras penas.*)

MARG. (*Acudiendo a ella.*) ¡Cecilia!

GERV. (*Idem.*) ¡Hija...! ¿Qué tienes...?

CECI. Nada, no es nada.

MARG. Que estudias demasiado.

DIEGO — No hace vida higiénica ninguna...

MARG. — Estás yerta.

CECI. — Te repito que no es nada: ya pasó. Un poco de fatiga, de cansancio...

MARG. — Anda, ven a tu cuarto; te daremos un poco de azahar... Don Diego, diga que le hagan una taza de tila...

DIEGO — Sí, señora...(*Se dispone a hacer mutis.*)

JUAN — (*Deteniéndole y cogiéndole el libro, que aún conservaba en la mano.*) Traiga usté acá hombre... Aún hay patria (*Se va don Diego por la derecha.*)

GERV. — (*A Gustavo y Marcelo.*) Perdonen ustedes, un minuto.

MAR. — No faltaría más.

GUST. — Aquí esperaremos hasta saber que se ha repuesto del todo.

MARG. — (*Ayudando a andar a Cecilia.*) Anda, vamos, vamos.

CECI. — (*Apoyando su cabeza en el hombro de su madre y rompiendo a llorar disimuladamente.*) ¡Mamaíta de mi alma...! (*Se van por la puerta de la izquierda.*)

GERV. — (*Conmovido, haciendo mutis tras ellas.*) ¡Hip...! (*Vase.*)

JUAN — (Lo dicho: aún hay patria.) (*Se va por la derecha.*)

GUST. — (*Después de cerciorarse de que sólo le escucha Marcelo.*) ¡Burro, más que burro...!

MAR. — ¿Eh?

GUST. — Eres el hombre más torpe que ha nacido. ¡Animal! ¿No veías las señas que te estaba haciendo?

MAR. No.

GUST. Pues acabas de tirar por la ventana tu porvenir y tu felicidad. Sábelo: Cecilia te quiere.

MAR. ¡Toma! Ya lo sé.

GUST. (*Boquiabierto.*) ¿Que lo sabes?

MAR. Necesitaría estar ciego para no verlo.

GUST. ¿Y sabes también que te llamaba para hacértelo ver?

MAR. A tanto no llegaban mis noticias; pero no me extraña siendo como es un poquillo neurótica.

GUST. ¿De modo que la desprecias...?

MAR. ¡Qué disparate, hombre...! ¿Quién te ha contado...?

GUST. Tú, que le has dicho que quieres a Eugenia.

MAR. ¡Bah! He dicho Eugenia porque ha sido la primera mujer que se te ocurrió a ti; pero no he pensado en Eugenia jamás. Yo no pienso más que en Cecilia. ¿Crees que voy a desdeñar la ocasión que me brinda la fortuna de ser su marido?

GUST. ¿Y sabiendo que te conviene se te ocurre decirle que tienes otro cariño?

MAR. Si lo he hecho precisamente para asegurarme el suyo.

GUST. ¿Eh?

MAR. Esa es la teoria de Andrónico Barbilundi, el mejor psicólogo del mundo, cuyos pasos sigo yo en esta cuestión.

GUST. ¿Pero...?

MAR. Claro, como tú no sabes una palabra de psicología...

GUST. Ni falta que me hace...

MAR. Mira, Gustavo, la mujer, según Barbilundi, y esto lo he comprobado por mí mismo cien veces, tiene espíritu de contradicción. Le sigues la corriente, y no persevera en sus propósitos; la contrarías, y se aferra a ellos con tenacidad. En este momento está Cecilia mucho más decidida por mí que antes de haberme oido decir que quiero a Eugenia, no lo dudes. Siento la alteración nerviosa que le he proporcionado; pero era indispensable. Y no será la única.

GUST. Mira que eso es jugar con fuego.

MAR. Eso es proceder con cordura.

GUST. Mira que los celos pueden arrastrarla a buscar quien te substituya.

MAR. No lo hará. Eso lo niega Barbilundi en su libro...

GUST. ¡Vete a la porra, con tus libros y tu psicología! No he visto nada más imbécil que un sabio.

MAR. (*Mirando hacia la derecha.*) ¡Calla...! (*Disimulan.*)

JUAN (*Por la puerta de la derecha, con libros en las manos y debajo de los brazos. y seguido de D. Diego y de dos criados, que llevan libros también. Acercándose a Marcelo.*) Usté no se apure. Es usté una persona desente, y como a mí me sobran los millones, usté tendrá tó lo que necesite pá conseguí lo que desea. Y no digo más. Salú. Dispensá que no les dé la mano, pero no suerto la carga por ná del mundo. Tós estos libros me los voy yo a aprendé esta noche. Aún hay patria. Buenas tardes. (*Inicia el mutis por el foro. Telón.*)

FIN EL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación de paso, que hace las veces de salita, en casa de Marcelo Quintana. Una puerta en el foro y otra en cada lateral. En chaflán un balcón. Bastantes muebles, y todos ellos con la pátina de los años. Una mesita con libros y algún periódico en el centro de la escena. Es de día.

(*Al levantarse el telón está en escena, sentado y leyendo un periódico, DON BENITO, el arquetipo de la modestia y de la humildad, un señor como de cincuenta años, vestido con pulcritud, pero con ropas bastante anticuadas.*)

BENI. (*Por lo que lee.*) Construye este hombre de una manera que no logro jamás enterarme de lo que glosa. Me pone nervioso.

FLORINDA (*Criada de la casa, en traje de mecánica; por la puerta del foro. Viene de arreglar algún cuarto y trae la escoba, el cogedor, los zorros y el*

paño del polvo... Es fea con ganas y tiene cara de muy poca inteligencia. Asombrada al ver a don Benito.) ¿Eh...? ¿Usté aquí...? ¿Pero ¿qué hora es...?

BENI. Muy cerca de las once.

FLOR. ¿Y no ha ido usté hoy al ministerio? ¿Qué le pasa a usté hoy don Benito?

BENI. Que hoy tengo asueto.

FLOR. Eso es de acostarse tan recién comido.

BENI. (*Sonriendo bondadosamente.*) No, mujer...

FLOR. Sí, señor; desde que entré en la casa se lo dije a la señora: El «güesped» se acuesta con el último bocao, y eso es malísimo.

BENI. (*Como antes.*) Escúcheme, escúcheme... Asueto no es ninguna enfermedad; asueto quiere decir que hoy tengo vacaciones.

FLOR. ¡Ah...!

BENI. Están quitando las esteras de mi oficina, ¿sabe usted?, y hoy nos dedicamos a la vagancia.

FLOR. ¡Ya...! (*Sentándose junto a él con la mayor naturalidad.*) ¡Como que iba usté a faltar a su obligación ahí porque sí...! ¡Buena es la gente de esta casa pá esos menesteres! Aquí cumple cada uno con su obligación que hay que ver.

BENI. Sí, por lo general...

FLOR. Y me decían a mí en el pueblo: «Ojo, Florinda, que allá en Madriz... ¡húy...! Allá todo el mundo... ¡bueno! Pero ¡quiá!, aquí santos y ná más que santos. Porque la señora... ¡húy...! y la señorita Eugenia... ¡vaya! Y el señorito Marcelo... ¡húy...! Y de usté, a ver adónde los hay con más humildad y más

mansedumbre, que no es porque esté usté delante, pero es usté un cordero.

BENI. ¡Mujer...!

FLOR. Así estoy yo de contenta en la casa, que, vamos, estoy de confiá, que como si estuviera en la mía.

BENI. Se ve, se ve.

FLOR. Es muy buena gente, don Benito; muy buena gente.

BENI. Sí, señora. Yo llevo aquí varios años, y cada día estoy más satisfecho. He tenido mucha suerte al encontrar en mi camino, y cuando más lo necesitaba, a esta familia tan honorable, tan temerosa de Dios... Bien es verdad que yo he tenido siempre muchísima suerte.

FLOR. Sí, ¿eh?

BENI. ¡Oh...! Yo creo que soy en este mundo un caso de suerte.

FLOR. Usté tiene muy buen sueldo en el ministerio, ¿verdad?

BENI. (*Dándole una gran importancia.*) ¡Cinco mil pesetas!

FLOR. (*Asombrada.*) ¡Húy...!

BENI. Llevo treinta años en la casa. Entré a los veintidós. Las primeras oposiciones que se hicieron; porque yo entré por oposición y con el número uno... ¡Tuve mucha suerte! Los compañeros que entraron conmigo, todos han llegado a la cúspide... ¡Anda...! ¿Usted se acuerda de aquel Moraleda que mataron siendo presidente del Consejo...? Compañero mío... ¡El pobre...! Y ese que se ahogó días pasados

yendo de «enviado especial» a Londres, también era de mi promoción. ¡Pobrecillo! ¡Cuando había logrado sus aspiraciones...! ¡La vida...! Claro, todos tenían amigos e influencia... y andan por ahí ocupando elevados puestos y cargados de obligaciones y de responsabilidades... ¡Yo he tenido mucha suerte!

FLOR Usté es viudo, ¿no?

BENI. No, no llegué a casarme. Me hubiera casado, porque tuve una novia a la que quise entrañablemente; pero un mes antes de la boda... ¡La pobre...!

FLOR. ¿Se murió...?

BENI. (*Indeciso.*) Sí... bueno; es decir, se murió para mí.

FLOR. (*Comprendiendo.*) ¡Ya!

BENI. ¡Un sinvergüenza...! Ella quería ver mundo y... (*Señal de huir.*)

FLOR. Sí, sí...

BENI. Al cabo se casaron. Por ahí andan. Le viven once hijos de diez y siete que...

FLOR. ¡Jesús!

BENI. ¡Siempre he tenido mucha suerte!

FLOR. El que no tiene suerte ninguna es el señorito Ramón, su sobrino de usté.

BENI. Sí, ese ha nacido para ochavo, y el que nace para ochavo no llega a cuarto aunque lo despedacen.

FLOR. A mí me es muy simpático. ¡Un muchacho tan serio, tan calladito...! Y me decían a mí en mi pueblo: «Florinda, cuidao con los soldaos y con la gente moza, porque en Madriz...»

¡húy...! Pero nada. El asistente del segundo, con esa enfermedad nerviosa que padece, que la llaman la «miunasteria», pues no habla con nadie; el señorito Marcelo con sus estudios... ¡bueno!, y su sobrino de usté... ¡húy! Con la pasión de ánimo que tiene por la señorita Ugenia...! Porque la tiene, don Benito. Está por ella...! ¡húy...! Ayer estaba yo en esa puerta y él estaba aquí aguardando a usté, y pasó la señorita Ugenia, y ella le dijo: «Buenas tardes, Ramón», y él la contestó: «Buenas tardes, Ugenia», y fué ella y se fué, y fué él y creyéndose solo apretó los dientes y apretó los puños y hizo así, desesperao y mirando pá el techo... (*Accionándolo.*) ¡Ay...! ¡¡Ay...!!

BENI. Sí; el pobre está loco por ella; pero figúrate, sin dinero y sin colocación, dónde va él...

FLOR. Ya me hago cargo.

BENI. Mi pobre sobrino es una víctima de las gafas que usa. Porque ahí donde le ves es un mecánico excelente y guía muy requetebién; pero ¿quién admite de chófer a un individuo que lleva unas gafas con unos cristales de dos dedos de gordo? Las gafas son su peor enemigo. Hace poco logré que le admitieran de camarero en el Palace: pero en cuanto le vieron las gafas le dijeron que no podía ser; que camareros con lentes únicamente en el Japón.

FLOR. ¡Qué le parece a usté!

BENI. Hoy ha ido a casa de un señor Palo de Minos que necesita un ayuda de cámara. A ver si allí mete la cabeza.

FLOR. Dios lo quiera. Bueno, me voy a la cocina, que tengo que arreglar todo aquello antes que vuelva la señora, que ha ido a un funeral.

BENI. ¿Tampoco está en casa la señorita Eugenia?

FLOR. Sí, señor; está en su cuarto arreglándose para ir a la Iglesia a recoger a la señora. (*Suenan dos timbrazos dentro.*) ¿Eh? ¿Dos golpes...? ¿Quién será a esta hora con dos golpes? Porque para el cartero es muy temprano. Voy a ver. (*Se va por la puerta de la derecha.*)

BENI. (*Viéndola ir, con lástima.*) ¡La pobrecilla es de Valdelatejas! No todos hemos de nacer en Madrid. Y para Valdelatejas, no está tan mal... (*Toma de sobre la mesa un libro y se sienta en el sofá. Rumor de voces dentro.*) ¿Eh...? ¿Pero es mi sobrino...?

FLOR. (*Entrando de nuevo en escena, seguida de RAMON.*) Es el señorito Ramón; sólo que él siempre toca uno, y hoy, distraido, ha tocao dos. Ahí les dejo a ustedes. (*Se va, con todos los útiles que trajo, por la puerta de la izquierda.*)

RAM. Buenos días, tío Benito... (*Tropieza al entrar.*)

BENI. (*Dejando el libro sobre el sofá.*) Hola, hombre, Dios te guarde... (*En efecto, Ramón. que es muy corto de vista, usa unas gafas con unos cristales de un dedo de gordo. Viste limpia y raidamente.*) Qué, ¿has logrado meter la cabeza?

RAM. No me hable usted, hombre, que ayer, al decirme eso, me hizo usté mal de ojo.

BENI. ¿Cómo?

RAM. Me lo repitió usté cuatro o cinco veces, y he llegao a la casa hace un rato pensando: «A ver si aquí meto la cabeza», y he metido la cabeza, pero la he metido en una vitrina que había en el «jol».

BENI. ¡Aprieta!

RAM. ¡He armao allí una, tío Benito! Porque es de esos «joles» que mientras está abierta la puerta de la calle hay claridad; pero en cerrándola, la penumbra, y como yo me había puesto las gafas finas para no chocar mucho, pues por no chocar mucho, he chocao de una vez.

BENI. ¡Válgame Dios, hombre! ¿Y era una vitrina...?

RAM. Sí, señor, una vitrina que tenía dentro una reproducción en pequeño de la pesca del bou. Porque ese señor Palo de Minos es un nuevo rico que ha hecho una fortuna con barcos de pesca. Antes se llamaba Palominos nada más. ¡Las cosas que me ha dicho! Hasta quería pegarme, porque él se estaba mirando en la vitrina, y, vamos, es que se la he hecho cisco.

BENI. ¡Qué mala pata...! No debiste cambiarte de gafas, hombre. Porque tú, con esas ves muy bien, ¿no?

RAM. Yo con estas veo a cien metros si un gorrión es macho o hembra... En fin, qué le hemos de hacer... (*Después de mirar mucho se sienta en el sofá, sobre el libro que puso D. Benito.*) ¿Eh? ¡Ah! Es un libro...

BENI. Echalo sobre la mesa...

RAM. Sí. (*Desde donde está tira el libro sobre la mesa, pero como no ve la mesa, el libro cae en*

el suelo.) ¡Sí que tengo una puntería...! (*Se levanta y, en vez de coger el libro, le echa mano a una escupidera y luego a un dibujo del tapiz.*)

BENI. (*Contemplándole con pena.*) (Ve poquísimo.)

RAM. (*Cogiendo el libro, por fin.*) Vamos. Hoy estoy de lo más distraído... (*Le pone sobre la mesa.*)

BENI. Y qué, ¿tienes algo nuevo a la vista?

RAM. Dicen que van a convocar unas oposiciones a torreros de faro y a vistas de aduana, y las voy a firmar a ver si eso me cuaja.

BENI. Dios lo quiera.

EUGENIA (*Por la puerta del foro. Es una muchacha muy mona y muy interesante. Viste con modestia. Como va a la iglesia, se toca con una mantilla negra y lleva un libro y su rosario.*) Buenos días, don Benito... (*Un poco entre avergonzada y emocionada.*) Buenos días, Ramón...

BENI. Dios te guarde, mujer.

RAM. (*Tembloroso, impresionado.*) Buenos días, Eugenia.

BENI. ¿A la iglesia?

EUGE. A recoger a doña Luisa; no me gusta que atraviese sola... Hasta luego.

BENI. Hasta luego. (*Cambia una tierna mirada con Ramón y se va por la puerta de la derecha. Pausa.*)

RAM. (*Apretando los puños, apretando los dientes, repitiendo el gesto que antes describió Florinda.*) ¡Ay...! ¡¡Ay...!!

BENI. ¿Qué te pasa, hombre?

RAM. (*Sinceramente, poniendo el alma.*) ¡Tío...! ¿Pero por qué tengo yo esta sombra tan ne-

gra...? ¿Es que no va a haber para mí en este mundo ni un rayo de sol? ¿Qué he hecho yo para que todo me salga tan mal...? (*Casi llorando.*) ¡Yo quiero trabajar, tío Benito...! ¡Yo quiero trabajar...! ¡Yo quiero ganarme un duro... donde sea...! ¡Tío, que yo quiero vivir, porque yo quiero a esa mujer...! (*Se echa a llorar.*)

BENI. Vamos, hombre, no seas niño, no te desesperes. Atraviesas una mala racha; pero no hay mal que cien años dure. Dios nos somete a pruebas muy fuertes; y luego es siempre para mejor. (*Suena un timbre dentro.*) Vamos, anímate. Tú eres bueno... Confía y espera.

FLOR. (*Por la izquierda secándose las manos con el delantal.*) ¿Un golpe y a esta hora? No caigo en quién pueda ser. El timbre está hoy que es un «coroglifico». (*Se va por la puerta de la derecha. Pausa. Rumor de voces dentro.*)

BENI. ¿Quién...?

RAM. (*Prestando atención.*) No sé...

FLOR. (*Entrando en escena.*) Nada, pase usté y hable usté con este señor.

JUAN (*Entrando.*) Buenos días.

BENI. }
RAM. } Buenos dias.

FLOR. Este señor, que desea hablar con la señora, o con la señorita, o con el señorito Marcelo, o con alguien de la casa, y yo le he dicho que, como ellos no están, que hable con usté, que es como de la familia.

BENI. Perfectamente.

JUAN Yo soy Juan Vito y Arjonilla, Conde del Charco de Guadarcasín.

BENI. Por muchos años.

JUAN Y que usté los goce con salú.

BENI. Muchas gracias.

JUAN No hay de qué darlas.

BENI. Pues yo soy, para servirle, Benito Astardi, huesped de esta casa y amigo de esta familia desde hace varios años. Y este joven es Ramón Arzola, mi sobrino.

RAM. Para servir a usted.

JUAN Y yo a los dos.

BENI.
RAM. } Muchísimas gracias.

JUAN No hay de qué darlas. Sentarse.

FLOR. (*Que está hace un rato con la boca abierta.*) ¡Húy...! ¡Qué finuras!

JUAN (*A Florinda, arreándola.*) Tú... a la cocina.

FLOR. (*Extrañada.*) ¿Eh?

JUAN (*Dándole un duro.*) Toma.

FLOR. ¡¡Señorito...!!

JUAN. Pá unas medias. ¡Hála...!

FLOR. Sí, señor. (*Haciendo mutis por la izquierda.*) ¡Un conde comprándome medias...! ¡Si lo vieran en mi pueblo! ¡Húy...! (*Vase.*)

JUAN (*Viéndola ir.*) Es fea con fatigas.

RAM. ¡Pchs! Para sirviente...

JUAN (*Sentencioso.*) Hasta para ahorcarse se prefiere un árbol hermoso.

BENI. (*Gratamente sorprendido.*) ¡Oh...!

JUAN (*Pavoneándose, guiñando, gesticulando y ademaneando como si indicara despectivamente:*

«casi nada he dicho». Este mismo gesto lo repetirá siempre que diga algo «cultural».) ¡Ahí queda eso...! De Publio Syro. ¡Curtura! Bueno, pues hablando de lo mío, yo m'alegro de que no estén aquí ni don Marcelo ni su familla, porque así me pueden ustedes dá argunos detalles... (*A un gesto de D. Benito.*) No hay que escamarse, ¿eh? Yo vengo aquí porque quiero protegé a esta gente. He conosido a Marselo hase tres días en casa de los marqueses de Anañunes, que Cecilita es compañera de él...

BENI. Sí, señor.

RAM. Ya lo creo ..

JUAN Y como sé que es un sabio y una gran persona y que está necesitao, y a mí, a Dios grasia, me sobran los millones...

RAM. ¡Tío...!

JUAN Pues quiero yo que se acaben los apuros en esta casa, para que vea Cesilia que yo me intereso por lo que vale. Y él vale, ¿verdá?

RAM. ¡Uf!

BENI. No tiene par.

JUAN Toda la vida estudiando, ¿no?

BENI. Toda la vida.

JUAN ¡Josú! Y yo llevo tres días y estoy loco. Hasta mareos me dan. Porque yo, vamos, yo sabía lo corriente, lo que sabemos tós; pero he desidío sabé más, cueste lo que cueste.

BENI. Pues eso, con voluntad...

JUAN La tengo.

BENI. Y viajando... Los viajes ilustran mucho.

JUAN ¿Qué me va usté a mí a desí? Lo poquito que yo sé de fransé lo he aprendío viajando.

BENI. Viajando por Francia, ¿no?

JUAN Ná de eso; yo no he salío de España nunca. Digo viajando en los «sliping-karke», que como tienen los letreros en fransé y ar lao en españó, pues sin queré aprende uno. Verá usté: «Claro, lumiere; oscuro, extinsión; sour le lavabo se trouve unvaso», y eso otro de «es peligroso asomarse en marcha», «il est danjereux de se pencher en dehoz». ¡Ilustran mucho los viajes!

BENI. ¡Oh...!

JUAN En estos tres días que llevo estudiando he aprendío lo mío. Prinsipié con los togloditas, porque a mí más rentois, no. Y que me hablen a mí ahora del período «areolítico» (*Hace el consabido gesto.*) y de las rasas de «Cantá» y de la de «Cro-manon», y de la de «For-fó». (*Nuevo gesto.*) Ahora estoy con los romanos y luego seguiré con los árabes, porque allí en Lebrija hay en er Casino un «malaje» que cuando no está liao con Roma, está hablando de Arderraman, y voy yo a vé si lo achico. Ahora, que la lupa cansa mucho. Voy a tené que buscá a uno que me lea, y tan y mientras yo pasearme pá no dormirme.

BENI. (*A un gesto apremiante de Ramón.*) Yo me atrevería a proponerle a este sobrino mío, que está de más y que lee maravillosamente.

JUAN Pues a las tres.

RAM. A la hora que usted disponga.

JUAN Quiero desí que hecho.

BENI. Si quiere usted nombrarle su secretario...

JUAN Hombre, sí; con eso me escribe las cartas y me hase las cuentas, porque yo, a lo mejó, me confundo... (*A Ramón.*) Dos duros diarios y la comida, ¿está bien?

RAM. (*Conmovido.*) Muchísimas gracias, señor conde. Voy a deberle la felicidad.

JUAN (*Examinándole.*) ¡Ya lo creo que leerá usté bien con esas dos lupas...! Bueno, pues a otra cosa. Hablemos de lo que interesa. Esta gente de esta casa está necesitá, ¿no?

BENI. Mucho. Las clases de Marcelo no producen lo suficiente, y con lo caro que está todo... Ahora justamente tienen un apurillo. Doña Luisa tiene empeñadas las alhajas y...

JUAN ¿Habrá bastante con... tres mil pesetas?

BENI. ¡Por Dios...! Ya lo creo...

JUAN (*A Ramón.*) Pues vamos por ellas, secretario. (*Se levanta.*)

RAM. (*Levantándose de un salto.*) Al fin del mundo voy yo con usted. (*Manoteando en los muebles y tirando algún cacharro.*) ¿Dónde ha puesto usted el sombrero?

JUAN Lo dejé ahí fuera...

RAM. (*Aparte a D. Benito.*) ¡Qué tío más bruto, tío!

JUAN Bueno, por el camino estudiaremos la manera de darles a esta gente esas pesetas sin herirles.

BENÍ. Yo creo que no los hiere usted, aunque se las tire con una honda.

JUAN Además, que quiero ser yo el primero en favorecerles. Porque sé que los marqueses van a conseguirle un dote para que se casen.

BENI. ¿Quién?

JUAN Marcelo. Sí, él anda enamoradillo; ha echao ya el ojo... Ahora que él ha echao el ojo, pero la pupila como si nada.

BENI. No comprendo...

JUAN Son cosas que ya irán saliendo, amigo. Ea... (*Tendiéndole la mano.*) tantísimo gusto en haberlo conocido. En el Riz y en Lebrija me tiene a su disposición.

BENI. Aquí, incondicionalmente...

RAM. (*Despidiéndose, muy contento.*) ¡Tío...!

BENI. Adiós, hombre, y que sea enhorabuena. ¿Estás viendo?

RAM. (*Bajando la voz.*) Cuando hable usted con ella, dígale usted...

BENI. Descuida.

JUAN (*Ya junto a la puerta de la derecha.*) Hombre, secretario, una duda que tengo desde esta mañana. ¿Ahora tiene hache?

RAM. Sí, señor, entre la hora y la a. (*Va a buscar su sombrero.*)

JUAN Si ya desía yo... Pues ná, me he colao; he puesto la palabra sin ella. Esta mañana a las nueve he escrito yo hoy una carta y no m'acordé que la hache habia que ponerla antes de la hora.

RAM. (*Echándole el brazo por encima a Juan, creyendo que es D. Benito.*) ¡Qué tío más bruto!

JUAN ¿Quién?

RAM. (*Azaradísimo.*) ¡Mi tio...! ¡Bruto! ¡Bruto...! (*Se van por la derecha.*)

FLOR. (*Asomando la cabeza por la puerta de la izquierda.*) ¡Don Benito...! ¡Húy...!

BENI. (*Extrañado.*) ¿Eh...?

FLOR. (*Con muchos aspavientos.*) ¡Ahí es nada...! ¡Tres mil pesetas!

BENI. ¿Qué?

FLOR. Y dos duros diarios pá el señorito Ramón.

BENI. ¿Has estado escuchando, Florinda?

FLOR. (*Con la mayor naturalidad.*) ¡Claro!

BENI. Pues es una cosa muy censurable...

FLOR. ¡Quiá! Es la única manera de saber cómo es la gente. ¡Algunas veces...! Ya le he oído decir que era yo fea.

BENI. No, mujer...

FLOR. Y con fatigas. Pero anda, que él tiene una cara, que no diré yo con fatigas, pero con malestar, tó el que quiera. (*Suena un timbre dentro.*) Don Marcelo.

BENI. Bueno, avísame cuando vuelva la señorita Eugenia. Estoy en mi cuarto.

FLOR. Sí, señor. (*Se va por la derecha. D. Benito coge el periódico que antes leía y se va por la puerta del foro.*)

(*Tras una breve pausa, entran en escena MARCELO y GUTAVO seguidos de Florinda. Marcelo se sienta desalentado y queda pensativo.*)

Vamos, hombre...

FLOR. (*A Marcelo.*) La señora y la señorita han ido ahi a...

MAR. No me importa; déjeme en paz.

FLOR. Y aquí ha estado hace un momento...

MAR. (*De muy mal talante.*) ¡Le he dicho que me deje en paz!

FLOR. ¡Húy...! (*Se va por la izquierda.*)

MAR. *(Para su capote.)* ¡Malhaya sea...!

GUST. *(Acercándose a la puerta de la izquierda y hablando hacia el lateral.)* No; detrás de las puertas, no. ¡A la cocina...!

FLOR. *(Dentro.)* ¡Húy ..!

MAR. Soy un bestia, Gustavo.

GUST. Hombre, no es por adularte, pero creo que tienes razón.

MAR. Pero ¿cómo se me ocurrió a mí hacer aquel disparate? ¡Maldita sea Barbilundi y la psicogía y los libros!

GUST. ¿No ves? Por eso yo no los abro en mi vida. Te dejo a ti el cuidado de abrirlos por los dos. En cuanto me doctore y coja los cuarenta mil... «regulares», pienso presentarme en la tumba de mi tío para decirle... *(Ahuecando la voz y como si hablara a un subterráneo.)* «Tío, has logrado que sea d-octor; pero que estudie, no. ¡No!».

MAR. Déjate de chanzas y aconséjame el camino que debo seguir.

GUST. Chico, yo no le veo salida al conflicto.

MAR. ¿Y voy a renunciar a Cecilia, sabiendo que me quiere?

GUST. ¿Y qué puedes hacer, después de haberle asegurado que quieres a otra? Pues sí que ibas a quedar bien a sus ojos si salieras ahora diciéndole que aquello lo dijiste porque te lo aconsejó Barbilundi.

MAR. ¡Calla, hombre! Busquemos algún medio. Piensa tú, que conoces el mundo más que yo.

GUST. Te repito que no se me ocurre nada, por lo

menos así de repente. Deshacer el desatino que hiciste es obra de tiempo y de constancia· Hay que proceder con lentitud; por más que..

MAR. (*Afanosamente.*) ¿Qué?

GUST. Que en la lentitud también puede haber peligro, tratándose de una neurótica como Cecilia.

MAR. ¿Peligro de qué?

GUST. Hombre, de que tome alguna resolución violenta que haga imposible cualquier arreglo. Es. preciso que cuando la encuentres la dejes entrever que aquella pasión de que le hablaste se va entibiando, que el trato con tu amada te ha convencido de que no es la mujer que soñabas...

MAR. ¿Y cómo conseguir volver a verla? Ya no va a clase; he estado dos veces en su casa / no me han recibido...

GUST. No es de extrañar estando indispuesta. Tampoco hay que ir con demasiada velocidad. Aún no hace más que tres dias del lance, y la pobre se llevó un golpe demasiado fuerte para haberse repuesto ya... Porque, chico, la escena que se desarrolló aquella tarde después que tú te fuiste, no puedes ni imaginártela. Como ella habia confesado a su padre delante de mí el cariño que te profesaba, no tenía por qué disimular en mi prensencia... y aquéllo fué terrible.

MAR. (*Pegándose.*) ¡Malhaya sea la psicología!

GUST. Lloraba como una Magdalena; decía que para ella no podía haber ya felicidad en el mundo, que tu declaración de que querías a otra mu-

jer había roto para siempre sus ilusiones y su vida... La has hecho astillas, Marcelo; eres un hacha.

MAR. ¡Y yo he perdido esa ventura!

GUST. Tú has perdido el mejor partido de los tiempos que corren, Marcelo. Una mujer bonita, de una familia ilustre, doctora, millonaria...

MAR. No creas que sólo me preocupa lo que afecta a la vanidad o a la conveniencia; lamento tal vez más todavia lo que se refiere a cosas de otro orden.

GUST. ¿Qué quieres decir?

MAR. Que el corazón estaba demasiado interesado en la aventura, Gustavo; que Cecilia me gustaba, no por su riqueza, sino por su bondad, por su hermosura; por parecerme una de las pocas mujeres con quien yo hubiera congeniado sin dificultad, acaso la ùnica...

GUST. (*Que oye pasos.*) Calla...

MAR. ¿Eh...?

FLOR. (*Entrando en escena por la izquierda.*) Se me olvidó decirle al señorito que esta mañana, apenas se fué el señorito, trajeron esta carta. (*Se la da.*)

MAR. ¿Eh? ¡Si! ¡De ella! (*Rompe el sobre.*)

FLOR. ¿Qué?

MAR. ¡Déjeme!

GUST. ¡Márchese! ¡Vamos...!

FLOR. ¡Húy...! (*Vase, esta vez por la derecha.*)

GUST. No es mal síntoma que te escriba. Lee, lee...

MAR. (*Leyendo.*) «Mi admirado y buen amigo: ¿Qué pensará usted de mí? No intente mitigar mi

rubor ni endulzar mi pena fingiendo no comprender el sentido de esta carta. Sería inutil. Usted lo sabe todo. Si no se lo hubiera contado, como seguramente lo habrá hecho, algún testigo presencial...»

GUST. Recojo la alusión...

MAR. (*Leyendo.*) «...se lo habria dado a entender con absoluta claridad yo misma, en nuestra conversación de la otra tarde, que señala el momento más amargo de mi vida...» ¡¡Maldita sea Barbilundi...!!

GUST. Sigue.

MAR. (*Leyendo.*) «Por fortuna, usted es un hombre superior que sabe distinguir lo que es un sentimiento puro y honrado que no se cuida de las conveniencias del mundo, por lo mismo que no tiene nada de qué avergonzarse, de lo que pudiera parecer a los espíritus vulgares una falta de recato, imperdonable en una mujer...» ¡Cómo escribe, Gustavo...! ¡¡Malhaya sea la psicología...!!

GUST. Vamos, hombre, continúa.

MAR. (*Leyendo.*) «Estoy segura de merecer piedad a sus ojos. Respecto a lo demás, ¿qué puedo decirle...? Que olvide lo que ha pasado entre nosotros. El cielo no ha querido otorgarme la dicha que le pedía; pero yo sabré demostrar que el sentimiento que usted me inspiraba no era lo que suele llamarse amor, sin ser más que egoísmo, sino un vehementísimo afán de hacerle dichoso. Y como era su ventura, antes que la mía propia, el fin que perseguía, aún

espero poder contribuir a ella, si Dios me ayuda. Su amiga y condiscípula, *Cecilia.*» ¡Gustavo...!

GUST. ¡Marcelo!

MAR. ¿Y voy yo a perderla...? ¡No! No me resigno...! ¡Bestia... ¡Bestia...! ¡Bueno, yo hago un viaje para conocer a Barbilundi y le parto la cabeza. ¡Tanto pensarlo, y luego...!

GUST. «Errando corregitur error.» (*Suena un timbre dentro.*)

MAR. Tienes razón, y desde ahora seguiré tu consejo. La convenceré de que he dejado de querer a Eugenia. Vamos a buscarla.

GUST. ¿Dónde?

MAR. Puesto que ya está buena, tal vez asista hoy a clase... (*Mirando su reloj.*) Es la hora. Vamos.

GUST. Vamos.

D.ª LUISA. (*Por la derecha, seguida de Eugenia y Florinda. Doña Luisa tiene sesenta años. Entra quitandose el manto.*) ¡Hola...!

MAR. Hola... Hasta luego.

GUST. A los piés de usted, señora... Buenos días.. Hasta después.

LUISA (*Extrañada.*) ¿Eh? ¿Pero...?

MAR. Es la hora de la clase y...

GUST. Sí, hay que ser puntuales porque... Buenos días.

MAR. Hasta ahora... (*Se van precipitadamente por la derecha.*)

LUISA Adiós, hombre, adiós... (*Doblando el manto y haciendo mutis por la izquierda.*) ¡Qué torbellino... (*Se va.*)

FLOR. *(A Eugenia, misteriosamente.)* ¡Y un genio que tiene hoy el señorito...! ¡Húy...! Pero, bueno, lo gordo, gordo, es lo del conde.

EUGE. ¿Lo del conde?

FLOR. Si, señora, lo del conde de no sé qué Charco, que ha estao aquí y ha nombrao al señorito Ramón su secretario.

EUGE. ¿Subsecretario?

FLOR. Con dos duros y comido. Y a la señora le va a traer tres mil pesetas A una servidora le ha dado un duro para unas medias.

EUGE. ¿Quién?

FLOR. El conde. Con don Benito ha estao hablando. Por cierto que me dijo que le avisara cuando llegara usté. Quiere hablar con usté.

EUGE. ¿El conde?

FLOR. Don Benito. Le avisaré. (*Llegando hasta la puerta del foro.*) No hace falta; aquí viene. (*A D. Benito, que se presenta en la puerta del foro.*) Don Benito, dígale usté que no estoy loca y que es verdad que el señorito Ramón tiene dos duros diarios.

BENI. Es verdad, Eugenita; es verdad.

EUGE. Pero, por Dios, expliquese usted, don Benito, porque esta criatura es capaz de aturdir a cualquiera.

BENI. Pues, hija mía, en rigor de verdad, es muy poco lo que puedo explicarte: yo mismo no me doy cuenta exacta de lo sucedido. Que Dios aprieta, pero no ahoga. Que un conde, llovido del cielo, ha nombrado a Ramón secretario suyo, con el sueldo que ha dicho Florinda.

EUGE. (*Muy contenta.*) ¡Dios mío...!

FLOR. ¿Está usté viendo?

BENI. El pobre me suplicó que te lo dijera. ¡Te quiere tanto, Eugenia...! (*Eugenia baja la frente, avergonzada.*) Como tú a él, ¿verdad?

EUGE. Sí, como yo a él. Jamás hemos hablado de cariño. ¿Para qué?

BENI. Pues ahora, si esto le cuaja, va a cambiar su suerte.

EUGE. Si no cambiara, yo le aguardaría siempre, don Benito, ¡siempre!

BENI. ¡Qué buena eres! Voy ahora mismo a darle a su madre la noticia; es decir, las noticias, porque también voy a decirle que tú...

EUGE. (*Avergonzada.*) ¡Por Dios...!

BENI. Hasta luego.

EUGE. Hasta luego. (*Vase D. Benito por la derecha.*)

FLOR. Ya estoy deseando que vuelva el conde con las tres mil pesetas... (*Asomándose al balcón.*) A lo mejor viene de camino...

LUISA (*Entrando en escena por la izquierda. Se ha cambiado de traje.*) ¿Qué hace esa en el balcón?

EUGE. Aguardando a un conde misterioso que le va a traer a usted tres mil pesetas.

LUISA Es de una imaginación esta chica de Valdelatejas, que asusta.

FLOR. ¡Un automóvil hay a la puerta! (*Suena un timbre dentro.*) Han llamado. ¡Ahí está! ¿No lo dije? (*Haciendo mutis por la derecha.*) A ver si ahora me da para unos zapatos. (*Vase.*)

LUISA ¿Pero me quieres explicar...?

EUGE. ¿Qué quiere usted que yo le explique si no sé...

LUISA Esa muchacha tiene un venate... (*Rumor de voces dentro.*) ¿Con quién habla?

FLOR. (*Entrando en escena seguida de Cecilia y de D. Diego.*) No es, no es... Es esta que pregunta... (*A un gesto de Eugenia, se va pausadamente por la izquierda diciendo.*) (¡Qué lástima!) (*Mutis.*)

CECI. Buenas tardes.

LUISA Buenas tardes.

CECI. ¿Es a la madre de mi condiscípulo don Marcelo Quintana a quien tengo el gusto de dirigirme?

LUISA Servidora de usted.

CECI. ¿Y esa señorita será sin duda la que vive a su lado, la huérfana de su antigua amiga...?

EUGE. Para servirla igualmente.

CECI. Pues ahora soy yo la quien debo presentarme: soy Cecilia Olivares...

LUISA (*Interrumpiéndola.*) ¿Eh?

EUGE. ¿Usted?

LUISA Su nombre es muy corriente en esta casa, donde mi hijo lo pronuncia con frecuencia, como el de una joven de gran mérito a la que aprecia y admira... De seguro tendrá un disgusto al saber que nos ha favorecido con esta visita en su ausencia...

CECI. Estoy aquí, precisamente porque él no está. Hemos llevado un buen rato acechando en el coche desde la esquina el momento de verle salir... Lo que tengo que decirle debe ser ignorado por él.

LUISA Me deja usted asombrada. ¿Tiene usted que

decirme una cosa que Marcelo debe ignorar?

CECI. Vengo a vender un secreto en el que va la ventura de todos... de todos, menos la mía.

EUGE. En ese caso, permítame que me retire...

CECI. No se vaya; al contrario, el asunto le interesa a usted más que a esta misma señora.

EUGE. ¿A mí...?

CECI. Don Dieguito... haga el favor de aguardarme en el recibimiento...

DIEGO Perfectamente.

LUISA No, en el recibimiento, no; es un poco obscuro... Puede aguardar si gusta en el despacho de Marcelo. Florinda le conducirá... (*Llamando hacia la izquierda*.) ¡Florinda...!

FLOR. (*Presentándose instantáneamente*.) Sí, señora; yo le llevaré... (*A D. Diego, indicándole la puerta del foro*.) Por aquí, don Dieguito... (*Al notar el asombro de todos*.) Es que venía, y sin querer escuché el nombre...

LUISA Anda, anda...

DIEGO (*Haciendo mutis con Florinda por la puerta del foro*.) (Curiosilla, feilla, ojillos grandes... de las mías, de las mías. Lo voy a pasar bien.) (*Se van*.)

LUISA Bueno, pues usted nos dirá. Estoy ya impaciente por saber..

CECI. Será preciso que refrene un instante su impaciencia porque mi revelación necesita... prólogo. un prólogo muy amargo, muy triste para mí, porque estoy resuelta a decir la verdad sin rodeos, aunque al decirla haga subir el rubor a mi cara.

LUISA ¿El rubor?

CECI. ¿Qué pensará usted de una desconocida...—yo no soy para usted más que una desconocida en este momento—que se presentara de repente en su casa y le dijera «quiero a su hijo»? (*Asombro en las dos.*)

LUISA ¿Es posible?

CECI. Sí, señora; pero no se alarme por eso, ni usted ni esta señorita. Mi cariño no es correspondido.

LUISA Está usted diciendo unas cosas tan extrañas, que tengo que hacer un esfuerzo para convencerme de que no sueño.

CECI. No, señora, no sueña usted, por mi desgracia.

LUISA ¿Pero Marcelo sabe el sentimiento que la inspira...?

CECI. Yo misma se lo he descubierto.

LUISA ¿Y está usted segura de que no corresponde...?

CECI. No. El mismo me ha dicho que quiere a otra mujer y que sólo puede ser feliz a su lado. Y como para mí, tratándose de Marcelo, no puede haber más que un interés, el suyo, estoy resuelta a poner cuanto esté de mi parte para conseguir que esa mujer le dé la ventura que yo no puedo darle. A eso he venido; porque esa mujer... (*Mirando a Eugenia.*)

EUGE. (*Estupefacta.*) ¿Eh...?

CECI. Sí, esa mujer es usted.

EUGE. (*Casi sin fuerzas.*) ¿Yo?

LUISA ¡Dios mío...!

CECI. Sí, Eugenia, permítame que la llame por su nombre... Marcelo la quiere, y yo vengo a de-

círselo. No vea usted en mí una rival... No soy más que una pobre mujer que quiere como se debe querer, anteponiendo a su ventura la del ser querido... Pero no pensemos en mí ahora, sino en él...

LUISA Sí, sí, pensemos en mi hijo; su felicidad debe ser lo primero.

CECI. ¿Usted no sospechaba que Marcelo...?

EUGE. No, se lo aseguro.

CECI. Pero... ¿tendrá usted libre su corazón?

EUGE. (*Vacilando.*) Desde luego...

LUISA ¿Eh? ¿Es de veras...?¿ Ramón no te ha dicho nunca...?

EUGE. Ni una palabra; pero aunque asi fuera. Si es cierto que Marcelo me quiere, yo no tengo más que un deber que cumplir: consagrarle desde este momento la vida.

CECI. ¿Habla usted de deberes?

EUGE. ¿Le extraña? Doña Luisa es para mi más que una madre, puesto que sin haberme dado el ser ha hecho por mí cuanto hubiera hecho mi madre verdadera; Marcelo es mi amigo, mi bienhechor, mi hermano; no tengo otros afectos ni otra familia; les debo todo, hasta el aire que respiro... Sí está en mi mano contribuir a la dicha de cualquiera de los dos, ¿no estoy obligada a hacerlo, aun a costa de todos los sacrificios?

LUISA (*Conmovida.*) ¡Eugenia...!

CECI. Querer a Marcelo no debe ser para usted sacrificio, sino ventura.

EUGE (*Turbada.*) Y lo es, sin duda, muy grande...

CECI. La mayor que existe. Yo no concibo felicidad semejante a la de ser esposa de un hombre como él. ¡Y usted va a serlo!

EUGE. Tal vez... con el tiempo...

CECI. No, no, enseguida... El obstáculo que se oponía a que descubriese su cariño va a desaparecer.

EUGE. ¿Qué obstáculo?

CECI. La pobreza. Mis padres se están ocupando en este momento de usted para algo que parece providencial. Acaba de morir una señora riquísima que deja en su testamento un cuantioso legado—creo que son treinta mil duros—en memoria de su hija, a la que perdió cuando iba a casarse, para que se dote con ellos a una señorita pobre y huérfana que esté a punto de contraer matrimonio. La designación de la favorecida ha de hacerla el albacea de la testadora y da la feliz casualidad de que el albacea es el marqués del Camino del Río, un hermano de mi padre. Tal vez a esta hora sea usted la poseedora del legado.

EUGE. ¡Dios mío!

LUISA ¿Será posible? Pero si no acabo de creer...

CECI. (*Conmovida.*) Quiéralo mucho, y puesto que ya conoce el secreto de la pasión que inspira, y ha de corresponder a ella, no haga sufrir a Marcelo con hipócritas coqueterías; siga mi consejo: dígale noblemente, desde luego, que está dispnesta a premiar su cariño... Eso es lo digno de él y de usted misma.

EUGE. Así lo haré, se lo prometo. (*Suena el timbre dentro.*) ¿Eh?

CECI. ¿Será él?

LUISA No es posible; salió hace un momento para ir a clase... Además, no es su manera de llamar.

EUGE. Yo abriré.

LUISA Aguarda, ya viene Florinda...

FLOR. (*Por el foro, conteniendo la risa que se le sale a borbotones.*) Han llamado, ¿verdad?

LUISA Sí.

FLOR. (*Haciendo mutis por la derecha, mordiéndose para no soltar la carcajada.*) (¡Qué cuento más picante! Y qué pellizcos tira el viejo...) (*Vase rascándose un brazo.*)

CECI. Me voy a retirar, señora. Espero que mi paso por esta casa deje para todos un buen recuerdo...

LUISA En esta casa se la mirará siempre como a su bienhechora, como a su ángel tutelar.

MARQ. (*La marquesa de Ananúñez, dando, dentro, un chillido de los suyos.*) ¡¡Ah...!!

CECI. ¡Mi madre!

LUISA }
EUGE. } ¿Eh?

CECI. Que esa que acaba de gritar es mi madre. Padece de denteras, y sin duda...

MARQ. (*Como antes.*) ¡¡Ah!!

FLOR. (*Idem.*) ¡¡Ah...!!

CECI. ¿No lo dije...?

FLOR. (*Entrando temblorosa y asustada.*) ¡Ay! ¡Una señora, ahí, que... ¡Como la puerta está...! ¡Y vienen con el conde...! ¡Ese es...!

JUAN (*Entrando y hablando hacia el lateral.*) Vení por aquí, que aquí está la gente. Yo he pisao

ya este terreno y me las sé trampeá. Buenas tardes. (*Al ver a Cecilia.*) ¿Tú aquí, mujé?

CECI. ¿Qué ha sido?

JUAN Ná, la puerta de la calle que chirreaba una mijita por falta de aseite, y a tu madre le dió el arrechucho. (*Hablando hacia el lateral.*) Vení, que está aquí Cesilia...

GERV. (*Entrando con Margarita.*) ¡Vamos, recarape...! Te dejas llevar de una manera inusitada.

MARG. Sabes que no puedo remediarlo. Buenas tardes.

LUISA } Buenas tardes.
EUGE. }

GERV. (*Examinándolo todo. A Juan.*) ¡Adorable modestia...! Tiene todo la sublime pátina de la virtud.

JUAN ¡Cómo hablas, Gervasio!

GERV. (*Muy poseído.*) Me hace gracia la admiración que me tiene.

CECI. (*Presentando.*) Son mis padres y el Conde del Charco de Guadalcacín... (*Corteses reverencias.*) La madre de Marcelo... Su prometida...

FLOR. ¿Eh...? ¿Su prometida...? (*Doña Luisa la despide con un severo gesto, y ella se va por el foro.*)

GERV. (*A Juan.*) Oyeme. (*A Luisa.*) Señora, reciba mi cordial saludo, mi felicitación más efusiva. Es usted la madre de un hombre cumbre, y por serlo merece los plácemes de todos.

MARG. Lo mismo digo. Me hago cargo de su satisfacción; todas las que hemos dado al mundo seres superiores...

CECI. ¡¡Mamá!!

LUISA Dice muy bien.

MARG. Y lo repito, hija mía, aun sabiendo que hiero tu modestia ingénita...

GERV. ¡Oh...!

JUAN ¡Ingénita...! Muy bonito, marquesa.

GERV. Sí, muy bonito; pero no sigas.

MARG. Déjame. (*A Luisa.*) Somos dos madres que hemos tenido la suerte de madrear...

GERV. (*Interrumpiéndola.*) Te suplico que no sigas, Margarita. Venimos a lo que venimos y nada más. (*A Juan.*) Verás... (*A Eugenia.*) Con respecto a usted, señorita, que tuvo la fortuna de interesar al corazón prócer de un cerebro también prócer, (*Mira satisfecho a Juan.*) sepa que mi señor hermano, el conde del Camino del Río, ha accedido a nombrarla para que en su día reciba el pingüísimo dote de que seguramente le habrá hablado a mi hija.

EUGE. ¿Eh...?

CECI. ¿Has conseguido...?

GERV. Sí.

CECI. (*Abrazándole.*) ¡Gracias, padre mío!

MARG. (*A Eugenia.*) Que sea enhorabuena. Ya con ese dinero... (*Habla aparte con Eugenia y doña Luisa. Juan, en un extremo de la escena, mete unos billetes dentro de un sobre.*)

GERV. (*Aparte a Cecilia.*) Mujer, es preciso que pongas mejor cara al conde.

CECI. ¡Por Dios, papá...!

GERV. Te advierto que lleva tres días estudiando y que hasta tiene un secretario lector y todo.

Acaba de mandarle a comprar unos libros; un muchacho muy simpático.

CECI. Ya sabes, papá, que lo del conde no puede ser; te lo he dicho mil veces.

GERV. Tan buen muchacho... ¡Y con la admiración que a mí me tiene...!

CECI. (*Al ver que se acerca Juan.*) Calla...

JUAN (*A Gervasio.*) Yo le ví a dá a la señora esta las tres mil pesetas que necesita pá eso de las alhajillas...

GERV. Sí, hombre, sí; me beneplacíta. (*A Cecilia.*) ¡Qué corazón tiene...!

JUAN Se las vi a dá con el achaque de la boda...

GERV. Eso; como un regalo prenupcial. Y a ver si le dices algo bonito, que vea Cecilia que estás estudiando.

JUAN Hombre, no sé como ví a meté lo poquito que sé... (*A Cecilia.*) porque ya voy sabiendo alguna cosa, y como estudio con gusto, porque estudio por lo que estudio... ya tú me comprendes, pues en lugá de costarme trabajo el trabajo, pues trabajo sin que me cueste trabajo. Vamos, que yo digo lo que er publicista judío Aaron-Acaron de Nicomedia... (*Gervasio y Cecilia le miran asombrados.*) «Labor irsa volurta...», «en er trabajo se encuentra plasé...» (*Hace el gesto consabido.*) ¡Curtura!

GERV. ¡Juan...!

JUAN A la hora de la verdá soy yo más valiente que Teseo.

GERV. (*Boquiabierto.*) ¡Conde!

JUAN (*Como antes.*) ¡Curtura...! (*Por el sobre que tiene en la mano.*) Y allá voy...

GERV. Me he quedado pétreo y vítreo.

JUAN ¡Mi abuela! (*A Luisa.*) Señora, yo ante la gente de sabé no soy nadie; mi modestia es también... indígena, como dijo antes la marquesa; pero yo armiro a los hombres de sabé más que nadie, y como su hijo de usté honra a España, porque en España, desde sus primeros pobladores, que fueron los ligures... (*Mira a Gervasio y hace el gesto de siempre.*) porque hay quien dise que fueron los íberos, pero yo sé que fueron los ligures, no ha nasido un hombre que varga más que Marcelo, yo quiero que aserte usté estas pesetas... (*Se las da.*) pá que sarga de cualquier apurillo del momento, porque, como dise er refrán, el adagio, el proverbio, la fablilla... (*Hace el gesto de siempre.*) «quien tiene argén tiene todo bien, y quien tiene dinero pinta pandero...» Y no hay más que hablá. (*A Gervasio.*) Sé también el nombre de los reyes godos, pero no me caben...

CECI. (¡Que espanto!)

LUISA (*Con el dinero en la mano.*) Señor conde, yo no sé si debo aceptar... Mi delicadeza...

JUAN Señora, qué delicadeza, ni que arroz con taránganas. ¿No le hase a usté farta? ¿No me sobra a mí? ¿No se lo doy yo con voluntá? Pues a callá y ná más.

CECI. ¡Por Dios, conde...!

JUAN ¿Qué pasa?

CECI. Que ofreces las cosas de un modo... No he visto nada más rudo, más tosco, más zafio, más áspero...

JUAN Todo eso pá desirme que soy un animal... (*Muy silabeado.*) Tú, en cambio, abalsamas cuanto tocas y esplendificas cuanto miras.

GERV.
MARG. ¡Oh...!

JUAN. (*Como antes.*) Curtura.

LUISA (*A los demás.*) ¿Creen ustedes que debo aceptar?

MARG. Desde luego.

GERV. ¡Ya lo creo...!

CECI. Sin dudarlo un momento.

LUISA Pues muchísimas gracias, señor conde.

JUAN ¡Pchs! Una «bricoca...»

MARG. ¿Te parece que nos marchemos, hija mía...?

CECI. Sí, pero antes... yo quisiera conocer el cuarto de estudio de Marcelo; el santuario de su recogimiento: su biblioteca... Me ha hablado tantas veces de ella...

LUISA ¡Oh! No faltaría más... Es una biblioteca bastante completa. Mi pobre marido tenía también un gran amor a los libros. ¿Quieren pasar...?

GERV. ¿Cómo no?

MARG. Encantada.

JUAN Tomaré nota, porque yo también quiero bibliotequeá lo mio. Casuarmente acabo de mandá a mi secretario a que me compre er César Cantó.

GERV. (*Rectificándole.*) Tú, tú.

JUAN Sí; yo, yo.

GERV. Digo que no es Cantó, sino Cantú.

LUISA (*Indicándoles la puerta del foro.*) Por aquí.

FLOR. (*Chillando dentro como si la hubieran pisado el rabo.*) ¡¡Aaay!!

TODOS ¿Eh?

LUISA ¿Qué le habrá ocurrido? Es la criada...

MARG. ¡Ni que estuviera a solas con don Diego!

CECI. Con él está precisamente.

MARG. Entonces ha sido un pellizco. A las de casa las tiene fritas y estofadas.

GERV. Sí; al pellizcar es poco abarcoso y las daña. (*Se van por el foro doña Luisa, Margarita, Cecilia, Gervasio y Juan.*)

EUGE. (*Apesadumbrada, dejándose caer en una silla.*) ¡Pobre ilusión mía...! ¡Pobre Ramón...! ¡Tan bueno! Pero dice bien, todos debemos sacrificarnos. Ella da el ejemplo. ¿Quién hubiera podido presumir que Marcelo me amase...? Y ahora yo con esos treinta mil duros... ¿Eh? (*Se levanta y se acerca a la puerta de la derecha.*) Sí, es él. Sin duda habían dejado abierto... ¿Qué haría yo? Porque si se encuentra aquí con todos, comprenderá...

MAR. (*Serio, preocupado, por la derecha.*) ¡Hola...!

EUGE. Hola...

MAR. He encontrado la puerta abierta. ¿Es que ha bajado Florinda?

EUGE. No...

MAR. Pues he dejado entornado...

EUGE. Ahora cerraré yo... (*Al ver que se dirige hacia el foro.*) ¿Cómo vuelves hoy tan temprano...?

MAR. Llegamos a clase un poco tarde y... (*Inicia el mutis.*)

EUGE. Espera un momento.

MAR. ¿Eh? ¿Tienes algo que decirme?

EUGE. (*Turbada.*) No... Sí...

MAR. ¿Que te ocurre? Estás agitada.

EUGE. Tal vez.

MAR. Pues dime pronto...

EUGE. Un poco de calma, hombre. Este asunto no debe ser tratado a la ligera...

MAR. Entonces lo dejaremos para otro día. Ahora estoy preocupado...

EUGE. (*Cortándole el paso para que no se marche.*)

EUGE. ¡Ah! ¿Confiesas?

MAR. Confieso... ¿qué?

EUGE. Tu preocupación.

MAR. ¿La habías notado, por ventura?

EUGE. Sí, Marcelo. Hay cosas que no se pueden tener ocultas. Sé cuál es tu pena.

MAR. ¿Quién te ha dicho...?

EUGE. Nadie. Mi corazón la ha adivinado.

MAR. ¡Imposible!

EUGE. ¿Imposible... sabiendo lo que soy para ti? ¿Acaso no he mirado siempre como propias tus alegrías y tus contrariedades? Además de que las penas de amor son las más transparentes...

MAR. Mi amor ha estado siempre oculto.

EUGE. Para mi no. Yo lo sé todo.

MAR. En ese caso sabrás que este mal no tiene remedio.

EUGE. (*Avergonzada.*) No me ofendas. Decir eso equivale a decir que no me juzgas como debes.

MAR. (*Boquiabierto.*) ¿Eh? No te comprendo, Eugenia.

EUGE. No seas cruel y no me obligues a decir más claramente lo que puedes comprender el esfuerzo que me cuesta revelarte. Tú no eres un hombre vulgar, sino un psicólogo...

MAR. ¡Quita...! ¡Qué psicólogo ni qué pandereta...! Háblame con claridad.

EUGE. Puesto que insistes en la crueldad de no querer evitarme el rubor de la confesión te la haré; sábela: yo te quiero.

MAR. ¿Eh? ¿Que tú me quieres...?

EUGE. Sí; yo estoy enamorada de ti, Marcelo.

MAR. (*Aturdido.*) Entonces lo... la... la comedia... Es decir, lo que yo dije... la... ¿eh?

EUGE. ¿Qué?

MAR. No, nada... (¡Ay carambalay!)

EUGE. No he exteriorizado hasta ahora mi cariño porque hasta ahora no he tenido la certeza de que tú lo compartías...

MAR. ¿Yo...?

EUGE. Sí, Marcelo... La preocupación que observo en ti, y que tú mismo acabas de confesarme, me ha hecho adivinarla.

MAR. (*Dejándose caer en una silla y ocultando la cara entre las manos.*) ¡Barbilundi!... ¡¡Barbilundi...!!

EUGE. (*Al mismo tiempo que entran por la derecha Ramón y D. Benito cargados de libros, y por la puerta del foro Cecilia, Margarita, doña Luisa, Gervasio, Juan, D. Diego y Florinda.*) Y desde el momento en que sé que me quieres, mi deber es decirte: Aquí me tienes; tuya soy, dispón de mí. Mi felicidad será consagrarte la

existencia, mi orgullo llamarme tu esposa... (*A Ramón se le caen los libros con gran estrépito.*) ¡Ay!

CECI. ¡Muy bien, Eugenia...!

MAR. (*Con asombro.*) ¿Eh?... ¿Usted aquí?

CECI. Sí. Y ya supondrá a lo que he venido, Marcelo.

MAR. (*Comprendiendo.*) ¿Acaso...?

CECI. (*Tomando una mano de Marcelo y otra de Eugenia y uniéndoles.*) He venido a unir a ustedes para siempre.

MAR. ¡¡Cecilia...!!

CECI. (*A Eugenia.*) Ha tenido usted un rasgo que le honra, siguiendo mi consejo y declarándole su amor sin hipocresías. Ese es el modo de dignificarnos las mujeres. (*Comiéndose las lágrimas.*) Que sean ustedes muy felices... Buenas tardes.

GERV. ¡Que espíritu de sacrificio! ¡Es una heroína!

MARG. (*Conmovida.*) Como yo, el día que me casé.

GERV. ¡Margarita...!

JUAN (*A Ramón, por los libros*) Tú... ¡el Cantú!

RAM. (*Lloriqueando.*) ¡Tío...! ¡Tío de mi alma!

GERV. (*Acudiendo a Cecilia, que pugna por contener las lágrimas.*) ¡Cecilia! (*Llora Cecilia en sus brazos.*)

MAR. ¡Barbilundi! ¡Barbilundi! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

(*Al levantarse el telón están en escena CECILIA, MARGARITA, GERVASIO y JUAN.*)

JUAN — Yo lo que digo es que traéis ustede a Merlín y no se aprende en una semana lo que yo me he aprendío. Porque es que no paro. Quitando las horas de comé y de cená, tengo ar secretario to er santo día leyéndome Historia, que, vamos, está el pobresillo que escupe pedasos de campanilla.

MARG. — ¡Por Dios...! ¿Pero deja de leer solamente a las horas de comer?

JUAN — Deja de leé Historia, porque a esas horas me lee los periódicos.

CECI. — ¡Qué atrocidad!

GERV. — Por lo visto no roba el sueldo.

JUAN — ¡Qué va a robá! Lo suda bien. En los güesos se está quedando.

MARG. ¡Infeliz!

JUAN Además, como tiene poquita voz y yo cuando me canso de está sentao me paseo, pá no perdé ná de lo que me lee, le he comprao una bocina como la de los gramófonos. Hay que vé ar tío con el libro pegao a los ojos y la bosina pegá a la boca... (*Lo acciona.*)

GERV. Escucha, ¿y cómo vuelve la hoja?

JUAN Con la lengua. ¡Es muy ingenioso!

MARG. Pues a este paso, dentro de muy poco te puedes codear con los sabios.

GERV. (*Con intención.*) Y acaso, acaso... con las sabias. (*Cecilia hace un ligero mohín de desprecio.*)

JUAN Por voluntá no ha de quedá; poquito a poco y escarbando hase el topo su madriguera.

GERV. Hace el topo su madriguera y hace Otamendi el Metropolitano, querido conde. Con voluntad y escarbando se puede llegar a los antípodas.

JUAN A mí los antípodas me tienen sin cuidao. Yo lo que quiero es que se vea que cuando es menesté m'arrimo yo al torito por muchas arrobas que tenga.

CECI. Lo que no me explico es tu sistema de aprender. ¿Es posible que te enteres mejor de las cosas cuando te las leen que cuando las lees tú por ti mismo?

JUAN Y tan posible. Como que se me pega tó muchísimo más. Hombre, esta mañana dejé al secretario con la boca abierta; porque verás tú, de lo que él me lee durante to er día escribo yo un

resumen antes de acostarme pá vé lo que se m'ha pegao al oído.

MARG. ¡Hombre...!

GERV. Es una idea.

CECI. Eso está muy bien.

JUAN El primer día se lo leí y va y me dise: «Ahí no hay nada de acuerdo con lo que hemos leído, señor conde» «¿Que no...?» Y como m'había molestao, voy y le digo :«Será que no ha leído usté bien. A vé si tengo que buscarme otro que lea mejó.»

MARG. ¡El pobre!

JUAN ¡Se quedó más acharao...! Ya el segundo día encontró el resumen bastante mejó y yo, como había estao er día anterió muy duro con él, fuí y le dí diez duros.

GERV. ¡Afloja!

JUAN Claro, hombre.

GERV. Y ahora encontrará los resúmenes a la perfección, ¿no?

JUAN Como que esta mañana le leí esto, que es un resumen total de la semana, y va y me dice: «Señor conde, usté le puede hablá de tú al Cantú.» Veinte duros le he dao. (*Por unos papeles que ha sacado del bosillo.*) Y aquí traigo yo esto pá que tú lo leas, Cesilia.

CECI. (*Tomando los papeles y poniéndolos sobre un mueble.*) Sí, hombre, me reiré un poco.

JUAN (*Con tristeza.*) Puede que te rías, pero si ahondaras un poco en lo que esto significa, tal vez no te dieran ganas de reí. Porque esos papeles quieren desí, pá que tú lo sepas, que yo, que

podía está en mis fincas de Lebrija siendo el rey de aquello, estoy en Madrí siendo el esclavo de tó er mundo y oyendo leé Historia Universá, que es muy bonita, pero que sería más bonita no oirla, porque con el afán que yo pongo por cogerlo tó se m'alevanta un doló de cabesa que llevo ya gastao un adoquin de antimigrín. Pero, en fin, lo que mucho vale, mucho cuesta. Ahora, si después de tó esto tú te ríes pues... peó pa mí.

CECI. No, hombre, si yo no lo decía por... Ya supondrás que...

JUAN (*A Gervasio, muy satisfecho.*) Sin habla la he dejao.

GERV. Como que te has expresado muy bien.

JUAN ¡Curtura!

DIEGO (*Entrando por la puerta de la derecha con dos pequeños libros en la mano.*) Aqui tiene usted los dos poemas, señor conde.

GERV. ¿Dos poemas?

JUAN Me los ha comprao mi secretario...

CECI. ¿Qué poemas son?

JUAN «El Masbarata» y «El Ramasama».

CECI. (¡Jesús!)

JUAN Dos poemas indios escritos en esa lengua antigua que llaman el «San-Kristo». (*Hace el gesto de siempre.*)

GERV. (¡Aprieta!)

CECI. (¡Qué bárbaro!)

GERV. Sanskrito, querido conde.

JUAN Da igual, hombre. Ya sabes tú que los andaluses no nos fijamos en las letras.

MARG. Yo del Ramasama he oído hablar.

CECI. ¡Mamá...!

GERV. ¡Margarita...!

MARG. (*Asustada.*) ¿Qué?

GERV. Que es «El Ramayana». El Ramasama es otra cosa.

MARG. ¡Bueno, hombre, bueno...! ¡Jesús, hijo!

JUAN No les hagas caso, marquesa.

GERV. Y hasta ahora, ¿qué es lo que llevas estudiado?

JUAN Ahí está en las cuartillas. He estudiao Roma desde su fundación por Rémulo y Romo... (*Hace el gesto.*) hasta... bueno, hasta ese Emperadó que ardicó porque en el Foro hablaron muy mal de él. ¿Cómo se llamaba, hombre?

GERV. No caigo...(*A Cecilia.*) Escucha, niña, ¿qué Emperador es ese que se fué por el Foro...?

CECI. Dioclesiano, tal vez...

JUAN ¡Ole! (*A Margarita.*) ¡Es un pozo...! Sí, señó, hasta Dioclesiano. He estudiao los calderos, los sirios y los medios...

CECI. (¡Por Dios!)

GERV. (¡Qué bruto!)

JUAN La India, con sus «Bracamanes», etcétera, etcétera... Y ahora estoy en Babilonia.

GERV. Es poco, es poco.

JUAN Hombre, esta mañana me han leído la Persia; me ha gustao. Ciro fué un gran rey y un tío muy valiente. ¡De Lidia era! (*Hace el gesto de siempre.*) Hizo de la Media una provincia... se apoderó de Babilonia, derrotando a

Melchor, Gaspar y Baltasar... (*Gesto.*) y cogió prisionero a Creso en unos campos de trigo, quinientos años antes de la Era. (*Nuevo gesto.*)

GERV. (¡Qué bestia!)

CECI. (¡Qué bruto!)

DIEGO (¡Qué animal!)

MARG. (*Encantada.*) Está aprendiendo mucho, ¿verdad?

PEDRO (*Criado, por la puerta del foro.*) ¿Señor...?

GERV. Qué.

PEDRO Un hombre... un caballero, pregunta por la señorita.

CECI. ¿Por mí?

PEDRO Dice que necesita hablarla a solas un momento.

MARG. ¿A solas?

CECI. ¡Qué cosa tan extraña...! ¿No ha dado su nombre?

PEDRO Don... Ramón Arzola.

JUAN ¡Mi secretario!

GERV. ¡Ah! ¿Pero...?

JUAN ¿No es por mí por quien ha preguntado?

PEDRO No, señor.

GERV. Dígale, dígale que pase. (*Vase Pedro por el foro.*)

JUAN ¡Qué cosa tan rara!

MARG. ¿Este es aquel de las gafas...?

JUAN El mismo.

DIEGO Un excelente muchacho.

MARG. ¿No tenía que venir a firmar para ultimar esta tarde el expediente del dote?

GERV. No, los testigos van a ser el conde y don Benito Astardi, el tío de este muchacho, ese señor que vive en casa de Marcelo...

DIEGO Aquí está ya.

RAMÓN (*En la puerta del foro.*) ¿Se puede?

CECI. Adelante.

RAMÓN (*Encarándose con don Diego.*) Perdone, señorita, que haya tenido el atrevimiento de...

CECI. Sea usted bienvenido.

RAMÓN (*Comprendiendo que ha metido la pata.*) Perdóneme, caballero, pero vengo un poco deslumbrado...

DIEGO No faltaría más...(*Cambia de sitio.*)

RAMÓN Tengo siempre que aguardar un poco para amoldarme a la luz... Sí, ya distingo perfectísimamente. (*A don Diego.*) ¿Qué tal, señor marqués?

DIEGO Nada, que la ha tomado usted conmigo.

RAMÓN Es verdad, dispénseme. (*A Juan.*) ¿Cómo va, señor marqués...?

JUAN ¡Pero, hombre...! ¿No me ha conocido usté toavía?

RAMÓN Perdóneme, señor conde, pero cuando me azaro no veo un burro a dos pasos.

JUAN Pues soy yo, hombre, soy yo...(*Por Gervasio.*) Y aquí tiene usté al marqués.

RAMÓN (*Que ya no da una ni por casualidad.*) Le beso los pies... digo la mano.

GERV. Muy señor mío.

JUAN (*Por Margarita.*) Y aquí está la marquesa.

RAMÓN Le beso la mano... digo los pies.

JUAN Y aquí está la tontería de señorita por quien usted pregunta.

RAMÓN Le... beso...

JUAN No le bese usté ná, hombre, ¿para qué?

RAMÓN Claro... sí... porque... (*A Cecilia.*) Bueno, no se me oculta que debe haber sido una incorrección no haber preguntado por los señores marqueses primeramente. No lo he hecho porque el asunto que me trae exige que sea con usted con quien hable y sin testigos.

TODOS ¿Eh?

GERV. Efectivamente, es un poco desusado lo que desea...

RAMÓN Lo sé, señor marqués; pero aunque poco ducho en ciertos hábitos sociales, le aseguro que soy un hombre de bien, incapaz de faltar en nada al honor...

GERV. Lo creo.

JUAN Y yo lo mismo.

RAMÓN Pues si lo creen les suplico que me dejen un instante a solas con la señorita... Se trata de algo gravísimo que, por el pronto, sólo ella debe conocer. Accediendo a mi ruego acaso eviten una gran desventura.

GERV. (*Guiñando a los demás.*) Ante una afirmación de esa naturaleza no debemos negarnos...

MARG. Claro.

GERV. Pues nada, ustedes avisarán cuándo podemos volver.

JUAN (*Haciendo mutis con los marqueses por la izquierda.*) Hoy trae las dos botas del mismo color; menos mal.

MARG. ¿Pero...?

JUAN Sí, le regalé unos pares, y como vé tan poco,

se confunde y... (*Se van. Don Diego hace mutis por la derecha. Ramón deja su sombrero en un mueble, al lado de un sombrero de señora.*)

CECI. Siéntese.

RAMÓN (*Sentándose con cuidado.*) Gracias.

CECI. Bien, pues ya estamos solos. Hable. Tengo verdadera curiosidad.

RAMÓN Antes déjeme poner en orden mis ideas. Vengo desconcertado, aturdido...

CECI. Me alarma usted. ¿Tan grave es lo que tiene que decirme?

RAMÓN No puede figurárselo.

CECI. (*Temerosa y bajando un poco la voz.*) Pero... ¿No se trata de nada que afecte a Marcelo...?

RAMÓN De él se trata.

CECI. En ese caso debe presumir que mi curiosidad se convierte en interés...

RAMÓN Porque lo presumo la he escogido por confidente de mi secreto.

CECI. Pues no tarde, por Dios, en revelármelo.

RAMÓN La revelación necesita un prólogo, y entro en él sin rodeos. Es preciso que sepa usted que yo quiero a Eugenia...

CECI. ¿Usted...?

RAMON Y creo que ella corresponde a mi cariño. Por lo menos así se lo ha dado a entender a mi tío Benito. Nosotros nunca hemos llegado a declararnos explícitamente nuestro afecto, porque las circunstancias no nos favorecían. Mi posición es muy modesta. Esperaba, sin embargo, tranquilo a que mi situación se despejase, cuando fui sorprendido, como ella debió serlo igualmente, por la escena de hace una sema-

ne, en la que usted representó el papel principal. Desde el momento en que sabíamos que Marcelo quería a Eugenia todo cambiaba para nosotros, entre quienes no existía ningún compromiso solemne... Ella no debía desdeñar al hijo de su bienhechora, ni yo debía oponerme tampoco...

CECI. (*Impaciente.*) Sí, sí; pero todo eso, que yo, en efecto, ignoraba, no se relaciona con Marcelo, sino de una manera remota.

RAMÓN Se relaciona estrechamente; además de que es preciso que lo sepa todo para ver si usted puede descubrir la clave del misterio.

CECI. ¿De qué misterio?

RAM. Del de su estado de ánimo.

CECI. ¿No está satisfecho, quizás?

RAMÓN Todos creíamos que lo estaba, pero ¡quiá! Lo que acaba de ocurrirme con él demuestra que está desesperado.

CECI. ¿Eh? ¿Qué ha sido? Dígame.

RAMÓN Que pasaba yo hace un momento por delante del café que está próximo a su casa y le vi solo ante una mesa. Me extrañó, porque él no suele frecuentar esos sitios, y entré. Estaba tan distraído que no advirtió siquiera que me sentaba a su lado. Tuve que tocarle en el hombro para que se percatase de mi presencia. Entonces volvió la cara hacia mí, y le aseguro que me dió miedo contemplarla. Era la cara de un loco: con la vista extraviada, con la boca contraída, con los ojos fuera de las órbitas...

CECI. ¡Jesús!...

RAMÓN «¿Vienes a pedirme cuentas por haberte arrebatado a la mujer que quieres?», me preguntó. Yo le miré asombrado, ante aquella extraña salida; pero él, sin fijarse en mi asombro, prosiguió diciendo: «Es inútil que trates de impedir que me case con Eugenia; eso es ya inevitable; por mí no perderá la fortuna que le está reservada; pero cuenta conque, en definitiva, ella y la dote serán para ti, exclusivamente para ti, porque yo, a la salida de la iglesia, me pegaré un tiro.»

CECI. ¡¡Dios mío...!! ¿Eso dijo?

RAMÓN Y no es lo peor que lo dijera, sino que se leía en su rostro la firme resolución de cumplir la amenaza.

CECI. ¿Ha perdido el juicio?

RAMÓN Seguramente, y por haberlo perdido es mayor el riesgo...

CECI. ¿Y usted no sospecha a qué puede obedecer?

RAMÓN ¿Cómo he de sospecharlo? Precisamente por eso vengo a hablarla, por si usted podía darme alguna luz... Usted conoce sus secretos, puesto que a usted fué a quien descubrió su amor por Eugenia y por tanto usted es quien puede averiguar más fácilmente...

CECI. Yo no sé más que lo que ya he dicho: que me confesó que quería a Eugenia y que en mi deseo de contribuir a su felicidad me apresuré a tratar de unirlos... Pero lo que usted me cuenta es espantoso... Hay que indagar la causa...

RAMÓN ¡¡Imposible!!

CECI. ¿Cómo imposible?

RAMÓN No podemos dar el menor paso; no podemos hacer la menor indagación, sin correr el peligro de precipitar la desgracia... Por eso vengo a hablar con usted a solas; por eso nadie debe saber lo que acabo de contarle...

CECI. No comprendo...

RAMÓN Las últimas palabras de Marcelo al despedirse de mí fueron éstas: «Lo que te he dicho, Ramón, debe quedar entre nosotros dos. Te juro que si llego a saber que has descubierto a alguien mi propósito, en aquel mismo instante me levanto la tapa de los sesos. Todo será anticipar unos días la solución.»

CECI. ¡Qué horror...! ¡Morir Marcelo...! (*Sigilosamente entran en escena Margarita, Gervasio, Juan y D. Diego.*)

RAMÓN La idea de la muerte parecía obsesionarle...

CECI. Pues es preciso evitar ese espanto por todos los medios. ¡Ay, Dios mío...! Yo creo que me voy a poner mala.

RAMON (*Sujetándola.*) ¡Dios mío, y yo aquí solo con ella.)

MARG. ¡Hija!

GERV. ¡Cecilia...! (*Acuden a ella.*)

DIEGO ¿Necesita algo...?

JUAN (*A Ramón.*) Pero, hombre, ¿también va usté a vení aquí con historias...?

RAMON (¡Si que estábamos a solas!) (*En vez de coger su sombrero coge el de señora.*)

CECI. Nada, no es nada. ¡Dios mío...! Hay que buscar a Marcelo a toda costa. Hay que traerlo aquí, sea como sea... Juan, por favor...

JUAN Manda lo que gustes.

CECI. Llégate a ese café que está próximo a su casa...

JUAN Sí, ya sé. Volando. Te traigo yo a ese niño, aunque se haiga sepurtao en los infiernos, como Coré, Alerán y Datán... (*Al ver el asombro de Gervasio hace el gesto de siempre y dice guiñando.*) ¡Curtura...! Hasta ahora. (*Mutis por la puerta del foro.*)

CECI. Don Diego, vaya usted a la Universidad...

DIEGO Ya estaba en ello. Veré también si en la Biblioteca...

CECI. Sí, corra usted. (*Se va don Diego precipitadamente por el foro.*) ¡Dios mío!

MARG. Vamos, vamos, tranquilízate...

CECI. (*Iluminada por una idea.*) Tal vez Gustavo... Sí... (*Mirando su reloj.*) Son las cuatro... Ahora debe estar en la Peña; él come allí... (*Llama al teléfono.*) Dios quiera que esté. ¿Central...? Con la Peña, haga el favor. (*Abismada.*) No sé, no sé a qué puede obedecer...

GERV. La psicología de ese muchacho es tan compleja... Acaso metafisiqueando...

CECI. Déjame ahora, papá. (*Al teléfono.*) ¿Peña...? Don Gustavo Talledo, ¿está...? Haga el favor de decirle que se ponga al aparato de parte de la señorita de Olivares... (*Para su capote.*) Gustavo tiene que saber...

MARG. La verdad es que...

CECI. Cállate, mamá.

GERV. Sí, cállate, porque...

CECI. Vamos, hombre, calla por Dios.

GERV. (*A Ramón.*) Hay que obedecer.

RAMON Sí, porque cuando se habla no...

CECI. (*De muy mal talante.*) ¡Calle usted! (*Al teléfono.*) ¿Eh...? ¿Gustavo? ¡Hola! Sí... Pues no sé cómo decírtelo, porque... No... Espera, ya verás...

LUISA (*Con Eugenia y don Benito por la puerta del foro.*) ¿Se puede?

GERV.
MARG.
RAMON } (*Volviéndose y a un mismo tiempo, mandándoles callar.*) ¡Pchs...! (*Al ver quiénes son, quedan en una pieza. Gervasio les sale al encuentro.*)

CECI. (*Al teléfono.*) Necesito hablar contigo inmediatamente, porque me consta que Marcelo Quintana, lejos de estar contento con motivo de su próxima boda, habla de suicidarse.

LUISA ¿Eh...?

EUGE. ¿Qué...?

CECI. (*Al verlos.*) (¡Jesús!) (*Al aparato.*) Ven enseguida, te lo suplico... Gracias. (*Deja el aparato.*)

LUISA ¿Qué acaba usted de decir, Cecilia?

CECI. Lo que ya sería vano desfigurar, señora.

LUISA ¿Pero...?

RAMON Sí, yo mismo he sido el portador de esa mala nueva. Por eso me encuentro en esta casa. El propio Marcelo me ha confesado su desesperación.

LUISA ¡Vírgen santa...!

GERV. Venían ustedes a la firma del expediente, ¿no?

LUISA Sí, señor, pero...

GERV. ¡Bah! Seguramente se reducirá todo a un mal entendido...

CECI. No; deja, papá, yo necesito averiguar... Vamos a ver...

MARG. Pero siéntense, por Dios.

CECI. Es verdad, perdónenme... (*Se sientan.*) Yo deseo saber si han notado ustedes algo anormal en Marcelo.

LUISA No, nada. (*A don Benito.*) ¿Verdad?

BENI. Nada.

CECI. (*A Eugenia.*) ¿Ni han tenido ustedes ningún disgusto...?

EUGE. Mal podíamos tenerlo, cuando apenas nos hablamos...

CECI. ¿Estando para casarse no se hablan?

EUGE. A solas, nunca. El está siempre muy cariñoso conmigo; demuestra constantemente despreocupación y alegría... una alegría que a veces me parece exagerada; pero sin decirme una sola palabra de cariño.

CECI. ¿Es posible?

LUISA ¿Cómo no me lo has contado antes?

EUGE. Por no entristecerla. La veía tan dichosa creyendo que Marcelo lo era igualmente, que no quise amargar su ventura.

LUISA De todos modos es muy extraño lo que sucede.

MARG. Muy extraño. Porque él declaró aquí mismo que la quería a usted.

LUISA Y a todos nos lo confirmó aquella tarde en presencia de ustedes.

GERV. ¿Cómo puede explicarse que habiendo conseguido lo que deseaba se haya apoderado de él esa desesperación?

CECI. (*A Eugenia.*) ¿Usted se lo explica?

EUGE. A veces me asalta un recelo...

CECI. ¿Cuál?

EUGE. El de que pueda haber adivinado lo que pon-

go todo mi empeño en ocultarle: que yo... quería a Ramón.

LUISA (*Sorprendida.*) ¿Eh? ¿Que tú...?

MARG. (*Idem. Por Ramón.*) ¿A éste...?

EUGE. (*Avergonzada.*) Sí. Me avergüenza haberlo dicho delante de él, pero lo he juzgado indispensable...

RAMON (*Conmovido.*) No se avergüence, Eugenia. Ya el tío Benito me lo había dicho. Me quería usted y me quiere... ¡Sí! (*Conmovidísimo.*) Lo sabía.

Qué placer de recobralle,
gozo de volver a velle
y temores de perdelle,
¿qué son, dime, sino amalle...?

Como dijo el poeta. Presentía su cariño, ¿a qué negarlo? Pero el oírselo confesar a usted misma, aquí, delante de todos, me hace tan feliz que el recuerdo de este instante me dará valor para conllevar toda la vida la amargura de perderla...

BENI. (*A Gervasio.*) El pobre piensa que el no casarse es una desgracia...

GERV. (*A Benito.*) Es muy corto de vista...

CECI. (*A Eugenia.*) ¿Y dice usted que Marcelo ha adivinado...?

EUGE. Es una sospecha mía, nada más, porque si no es eso, no comprendo cuál pueda ser la causa de su actitud; pero sea la que quiera, si él insiste en hacerme su esposa, yo trataré de hacerle olvidar ese recelo, yo procuraré que sea dichoso; yo le consagraré con gusto la existen-

cia. Es mi deber para con él y para con usted, y sabré cumplirlo.

CECI. ¡Así se habla! (*Conmovida.*) El amor no tiene otra prueba que el sacrificio; lo sé... por experiencia. Al comenzar resulta doloroso, pero luego tiene su compensación en el placer que produce sufrir por quien se ama. (*Viendo a Gustavo en la puerta del foro.*) ¡Ah! ¡Gustavo...! ¡Por fin...!

GUST. Buenas tardes... Vengo alarmadísimo... ¿Eh? ¿Aquí todos...?

BENI. Pura casualidad. Veníamos a firmar en el expediente y...

GUST. Bueno, pero... ¿se puede hablar?

CECI. De todo. Están enterados...

GUST. ¿Y hay ya noticias de Marcelo?

CECI. No, aún no han vuelto el conde ni don Diego.

GUST. Con don Diego acabo de encontrarme en la esquina. Venía de la Universidad...

CECI. ¿Y no le ha encontrado...?

GUST. No; si por allí hace cinco o seis días que no va. Ahora el de los novillos es él.

LUISA ¡Qué intranquila estoy!

GUST. ¡Bah...! Hombre, voy a ver si le encuentro en Goya treinta y cuatro, donde suele dar una lección... (*Medio mutis.*)

CECI. Espera... Más útil puedes sernos aquí que corriendo en su busca. Es preciso que nos ayudes a aclarar este misterio, tú que conoces sus intimidades.

GUST. Chica, a mí no me ha hablado nunca de suicidios... ¿Verdad?

CECI. Pero ¿cómo te explicas tú, que un hombre que afirma querer a una mujer, diga al mismo tiempo que si se casa con ella, al salir de la iglesia se pegará un tiro?

GUST. ¡Qué burro! ¿Ha dicho eso?

RAMON A mí; hace media hora.

GUST. En ese caso... tienes razón. Ante esa amenaza no debo seguir callando... ¿Verdad?

CECI. ¿Luego tú sabes...?

GUST. Sí.

LUISA ¿Y no nos lo decía...?

GUST. Me cerraba los labios una promesa solemne. Su hijo me había hecho jurarle que no descubriría a nadie el conflicto en que se encuentra... ¡que es un conflicto! Pero desde el instante en que mi silencio puede poner en peligro su vida, me desligo del juramento.

GERV. Claro.

BENI. Muy bien hecho.

CECI. Habla pronto. ¿Es porque sospecha que Eugenia quiere a Ramón, por lo que la boda le horroriza?

GUST. Es por todo lo contrario: es porque él a quien quiere es a ti. (*Gran sorpresa de todos.*)

CECI. ¿A mí...?

GUST. Con una locura de camisa de fuerza.

LUISA ¡Dios mío!

CECI. Eso no puede ser cierto, Gustavo. ¿No recuerdas que aquí mismo dijo...?

GUST. Porque lo recuerdo sé que mintió.

CECI. ¿Mintió...?

GUST. Sí; él no quiere a nadie más que a ti, aunque

te parezca absurdo que haya quien pueda desdeñar el bien que persigue cuando su buena estrella se lo ofrece, ¿verdad? Pero a Marcelo no hay que juzgarle como a los demás hombres. El ha aprendido mucho en los libros y muy poco en la vida. Es un sabio, y no hay nada como un sabio cuando se pone a hacer disparates.

CECI. (*Empezando a dejar ver su alegría.*) ¿De modo que...?

GUST. Que se le ocurrió la descabellada idea de hacerte creer que quería a Eugenia, precisamente para asegurar el cariño que tú le inspirabas. Había leído en una obra de psicología femenina que las mujeres suelen abandonar las empresas fáciles y sólo perseveran en sus propósitos cuando encuentran obstáculos en el camino.

CECI. Ese es el tema que desarrolla Barbilundi...

GUST. ¡Jajay, qué rico Barbilundi...! Pues ese es el culpable de todo.

CECI. ¿Eh?

GUST. Marcelo quiso aplicar a su caso la teoría; pensó que si te declaraba que quería a otra, tú te obstinarías más en quererle a él...

CECI. ¿Fué por eso...?

GUST. Claro que no tardó en comprender la enormidad que había cometido y trató de remediarlo. Su plan era convencerte poco a poco de que iba olvidando su antigua pasión, pero tú no le dejaste realizarlo. Al presentarte en su casa aquella tarde y juntar por sorpresa su mano

a la de Eugenia le cortaste la salida. Ya no había más que dos caminos para él: o confesar la superchería, o seguir adelante con la farsa, y optó por lo segundo, por no desmerecer a tus ojos. «Prius mori quean foedari». Antes la muerte que la deshonra. Le producía tal espanto pensar que podías acusarle de ser un comediante, un hombre sin fe, capaz de jugar con los sentimientos más puros, que yo creo que ha enloquecido desde entonces.

CECI. ¡Pobrecillo!

GUST. No me extraña lo que cuenta Ramón, y le juzgo capaz de levantarse la tapa de los sesos.

LUISA ¡Jesús!

CECI. ¡Qué felicidad, Dios mío!

MARG. ¡Cecilia!...

GUST. ¿Llamas felicidad a que se mate?

CECI. Llamo felicidad a saber que me quiere. ¡Que me quiere! (*Abrazando a Gustavo.*) ¡Gracias, Gustavo! Eres el hombre más simpático de la tierra. ¡¡Me quiere!!

GERV. ¡Cecilia, por Dios!

CECI. ¿Eh?

GERV. Piensa que te están oyendo muchas personas...

CECI. Me parecen pocas todavía. Yo quisiera que el mundo entero me oyese, para poder decir delante de él que adoro a Marcelo.

RAMON (*Tirándole el sombrero.*) ¡Píselo usted!

CECI. (*Recogiéndolo del suelo.*) ¿Qué le voy a pisar si es el mío? (*Pone el sombrero sobre una silla.*)

GERV. Vamos, vamos, modérate...y no seas tan clara: metafora un poco, hijita.

CECI. ¿Por qué? Si no oculté mi cariño cuando igno-

raba si él me correspondía, ¿qué razón hay para que lo oculte hoy, sabiendo que tengo la ventura de que me quiera...?

MARG. Hay la razón de que ese hombre... (*A Luisa.*) perdóneme señora, no es ya... lo que tú creías que era.

GERV. Dice bien tu madre: no es el ser perfecto que tú imaginabas.

CECI. Para mí sigue siéndolo.

GERV. Mujer, después de haber representado esa comedia...

CECI. Una comedia... científica, inspirada por un autor de la talla de Barbilundi ¡Oh! Además que... por quererme la representó. ¿Verdad?

LUISA Claro.

EUGE. Naturalmente.

BENI. ¡Quién lo duda...!

GERV. ¡Pero ha sido capaz de un engaño!

CECI. ¡Por quererme únicamente!

GUST. Eso puedes decirlo, como puedes afirmar que si el arrepentimiento lava las culpas, la de Marcelo debe estar bien lavada; porque el más horrendo de los delitos no ha causado nunca al más feroz de los criminales un remordimiento semejante al que a él le ha producido su superchería.

CECI. ¿Sí? ¡Pobrecito mío...!

MARG. (*A su marido.*) ¡Gervasio!

GERV. ¡¡La que araba...!!

GUST. Cuando hablamos a solas, su único desahogo es acusarse a sí mismo sin piedad, aplicándose los más duros calificativos... Se llama miserable, rufián, canalla... Se considera indigno de alternar con gente bien nacida...

CECI. ¡Qué grande es y cuánto le admiro! Después de lo que acabas de decirme, Gustavo, me parece aún más pura la aureola que le rodea a mis ojos; me parece aún más digno de ser amado sobre todos los hombres.

LUISA ¡Gracias, hija mía!

EUGE. Ahora soy yo quien le dice a usted «así se habla».

RAMON Y así se habla.

GERV. (*Furioso.*) ¡Un cuerno!

MARG. (*Reconviniéndole.*) ¡Gervasio!

CECI. (*Mimosa, acariciándole.*) ¡Papá...!

GERV. ¿Es que has perdido el juicio...?

CECI. No, papá, y tú que eres un gran psicólogo tienes que ver muy claramente lo que me sucede.

GERV. (*Pavoneándose.*) Lo veo, pero...

CECI. Yo hubiera perdido el juicio, si ante una ventura como esta, enmudeciera hipócritamente por miedo a la censura de los timoratos... Al tener el valor de exteriorizar lo que siento, sin preocuparme el qué dirán, doy la prueba de que estoy en plena razón.

GERV. No, sí; lo veo claro. Mirado bajo ese punto de vista...

MARG. ¿Pero y las conveniencias del mundo...?

CECI. Para mí no hay más que una conveniencia en este instante: la de Marcelo, sacarle del infierno en que vive, devolverle la tranquilidad, hacerle dichoso, decirle que le quiero.

RAMON ¡Qué corazón!

GUST. ¡Y qué cerebro!

GERV. (*Hipando.*) ¡Hip...! Tiene a quien salir.

MARG. Gracias.

BENI. Entonces lo del expediente de la dote...

CECI. Ese es preciso que quede ultimado hoy mismo. Ese dinero ha de ser de Eugenia... y de Ramón.

RAMON (*Conmovido.*) ¡¡Dios mío!!

BENI. (*A Gervasio, compasivo.*) ¡Y se alegra!

GERV. (*A Benito, ídem.*) ¡Qué sabe el pobre...!

CECI. Con ese dinero pueden ustedes montar alguna pequeña industria...

RAMON Si quiere Eugenia, compro un taxi, me pongo en el punto y a robar el dinero.

BENI. Ramón, mejor un camión.

CECI. ¡Qué talento tienes, Gustavo! ¡Lo que sabes...!

GUST. Siempre entre sabios... «Qui cun sapientibus graditur, sapiens erit».

MARG. Aquí está ya don Diego.

CECI. (*A don Diego, que entra por el foro.*) ¿Qué...?

DIEGO Ahí le trae el señor conde.

CECI. ¡Por fin!

LUISA ¡Gracias a Dios!

GUST. (*A Cecilia.*) Es preciso que le hagas recobrar su fe en sí mismo.

CECI. Descuida...

RAMON Y que no advierta que he descubierto sus propósitos, porque podría cumplir lo que prometió...

CECI. No pase temor por eso. (*A don Diego.*) Que no entre Marcelo hasta que yo avise...

DIEGO Perfectamente. (*Mutis por el foro.*)

CECI. No conviene que vea a ustedes aquí.

RAMON Claro, comprendería en el acto.

CECI. Aguárdenme ustedes tomando una taza de té.

MARG. ¿Pero qué intentas?

GERV. Eso mismo iba yo a preguntarte.

CECI. ¿He de volver a repetirlo...?

GERV. ¡Cecilia...!

CECI. (*A Gervasio.*) ¡Con el talento que tú tienes, papaíto...! (*A Gustavo.*) ¿Verdad?

GUST. ¡Oh! Verdadero hacha.

CECI. (*Mimosísima.*) Mamá está siempre a lo que yo quiera, ¿verdad, mamaíta? A ella la gano siempre por el corazón, pero a tí te tengo que ganar por el entendimiento.

GERV. ¡Ay los hijos...!

CECI. (*Acariciándole.*) Anda, habla con el conde y dile que lo siento muchísimo, pero que no puedo acceder a sus deseos porque quiero a...

GERV. ¿Yo...? ¿Darle calabazas yo, cuando él mismo te trae de la mano a...? ¡Quiá! Que se lo diga su secretario.

CECI. Yo había pensado en ti porque como eres tan elocuente y tan persuasivo, y sabes decir las cosas como nadie...

GERV. Es verdad, tienes razón. Se lo diré yo mismo.

CECI. Aquí está.

JUAN (*Por la puerta del foro, seguido de don Diego.*) ¡Retorno «venchitor», como ese de la ópera: como «Kadaqués». Ahí está el interfecto. Lo encontré en el café sarsaparrilleando con un amigo, le dije que tenía que echar una firma en lo del expediente dotal, y me ha seguido como una oveja. Lo encuentro, así, como nerviosillo. Qué, ¿se sabe argo nuevo?

CECI. Sí, ahora papá te explicará...

MARG. Vengan ustedes al comedor.

JUAN (*A Cecilia, muy ufano.*) Ya ves que sé portarme... clavellina. Del sentro de la tierra te lo hubiera traido.

CECI. (*Turbada.*) Gracias, Juan y...perdóname.

JUAN (*Extrañado.*) ¿Eh? ¿Pero...?

CECI. Mi padre te dirá...

GERV. (*Cogiéndole por el brazo.*) Sí, hombre, ven; yo te explicaré...

JUAN (*Escamadísimo.*) (¿A que resurta que he hecho yo el carnero...?) (*Hablan.*)

MARG. Vengan por aquí, les indicaré el camino. (*Haciendo mutis por la izquierda.*) Este don Benito me da dentera. (*Vase estremeciéndose.*)

LUISA (*Haciendo mutis tras ella, con D. Benito.*) ¡Don Benito...!

BENI. La veo «roleando e hispanosuizeando» (*Se van*).

CECI. (*A D. Diego, haciéndole una seña.*) Don Dieguito...

DIEGO Comprendido. (*Se va nuevamente por el foro.*)

EUGE. (*A Ramón, entusiasmadísima: al hacer mutis.*) ¡¡Ramón!!

RAMON ¡Qué felicidad, Eugenia de mi alma...! (*Tropieza con la pared, creyendo que es la puerta.*) Usted dispense...

GUST. Oiga, ya me avisará en qué punto va a colocarse cuando compre el auto, ¿eh?

RAMON En Peligros. (*Mutis de los tres.*)

GERV. (*A Juan, iniciando el mutis.*) Sí, querido conde, decía Alaris, un mágico escita, sacerdote de Apolo Hiperboreo...

JUAN Que te frían un hipocondrio, Gervasio. (*Se van.*)

CECI. (*Al quedarse sola se arregla coquetamente ante un espejo. Oyendo pasos.*) ¿Eh...? Sí... (*Toma un libro rápidamente, se sienta y simula leer mirando a la puerta del foro con el rabillo del ojo.*) Ahí viene ya... Ya está ahí... (*Marcelo aparece en la puerta del foro. Al ver a Cecilia se detiene y hace un gesto de desesperación.*) ¡Oh! Adelante, amigo Quintana, adelante.

MAR. (*Entrando y dándole la mano, un poco cortado.*) Me ha dicho el conde que era necesaria mi presencia para formalizar no sé qué trámite del expediente...

CECI. Sí, tiene usted que firmar no sé dónde... Mi padre tiene ya en su poder el documento...

MAR. En ese caso, le ruego tenga la bondad de avisarle...

CECI. Con mucho gusto, pero no urge. ¿Tan desagradable le es, después de tantos días sin vernos, charlar un rato con su antigua condiscípula?

MAR. ¿Desagradable? Todo lo contrario. Pero usted sabe que yo tengo siempre mil ocupaciones y en estos días, precisamente, estoy abrumadísimo.

CECI. ¿Trae algún trabajo entre manos?

MAR. Una monografía sobre... la edad de piedra.

CECI. ¡Oh! Es un tema interesantísimo, aunque no ligue bien con su actual situación.

MAR. ¿Usted cree...?

CECI. Hombre, la piedra es el símbolo de lo inanimado, de lo insensible, y quien está para casarse

debe de tener muy excitada la sensibilidad...

MAR. ¡Pchs...!

CECI. Sobre todo cuando se casa, como usted, profundamente enamorado. Qué, ¿sigue siempre con la misma ilusión?

MAR. Siempre.

CECI. Naturalmente por... Eugenia.

MAR. Naturalmente.

CECI. ¡Qué hermoso es amar...! ¿No es cierto?

MAR. Mucho.

CECI. Sin cariño no es posible vivir, porque no es posible ser dichoso. ¿Para qué se quieren las satisfacciones, las alegrías, las riquezas, la gloria, los triunfos, sino para compartirlos con el ser amado? ¿No está usted de acuerdo conmigo?

MAR. Perfectamente de acuerdo; pero... si fuese usted tan amable que avisara a su padre...

CECI. Veo que no consigo interesarle con mi charla. Me lo explico. ¿Quién soy yo, pobre de mí, para hablar de cosa tan seria como el amor con un sabio, con un psicólogo como usted, que ha traducido a Barbilundi...

MAR. (*Crispando los puños disimuladamente.*) ¡A Barbilundi...!

CECI. Vamos, sea generoso y no me niegue el placer de oirle discurrir sobre este punto. ¡Se aprende tanto hablando con usted, sea de lo que quiera...! (*Acercándose a él.*) Y de amor no hemos hablado nunca...

MAR. (*Con voz temblorosa.*) Ya hablaremos en otra ocasión... Ahora es preciso que anuncie a su padre...

CECI. ¡Jesús! ¡Qué empeño de irse!... Decididamente le molesta mi conversación... ¡Cómo ha de ser!

MAR. Por Dios, Cecilia ... ¿Puede usted pensar?

CECI. O es que no quiere ser franco, que me oculta alguna cosa...

MAR. Nada, absolutamente nada...

CECI. Ya que usted no quiere decírmela, ¿me permite adivinarla?

MAR. Pero si le asegúro...

CECI. Vamos a ver... Pero siéntese, por Dios... (*Marcelo se sieuta.*) Supongamos que usted tiene un... escozor de conciencia...

MAR. ¿Yo?...

CECI. Sí; que ha cometido, no un crimen—de eso ¿quién puede juzgarle capaz?—, pero sí una falta leve, una... supercheria inocente.

MAR. ¿Cómo? ¿Sabe usted?...

CECI. No sé nada, supongo nada más.

MAR. ¡No! Usted está enterada de todo; usted no ignora que soy el más miserable de los hombres.

CECI. (*Sonriendo.*) ¡Jesús, qué locura!

MAR. Permítame que me retire. No debo permanecer ni un instante más en su presencia. No soy digno de ello.

CECI. No diga disparates y conteste a una pregunta que tal vez haga que logremos entendernos; pero contéstela sin ambages, con plena sinceridad, mirándome a los ojos, dejándome ver hasta el fondo de su corazón. ¿Quiere usted verdaderamente a Eugenia?

MAR. (*Después de dudar.*) No.

CECI. Ahora sí que es sincero. Y si no la quiere, ¿por qué persiste en casarse con ella? ¿Es por empeño de amor propio? ¿Es por asegurarla esa dote...? ¿Pero a usted no le preocupa pensar que su mujer sería una mártir...?

MAR. Déjeme, Cecilia, déjeme, por Dios. Soy el más desgraciado de los hombres. Por quererla, porque la quiero con toda mi alma he cometido todo género de necedades. Soy un hombre que profana los sentimientos más nobles, un hombre que debe inspirar miedo, un ser abyecto y vil... (*Llora.*)

CECI. (*Formalizándose gradualmente.*) Mire usted, Marcelo, así como hay quien se ensalza y mientras más se ensalza más demuestra la bajeza de su condición, hay también quien mientras más quiere rebajarse más se sublima. El verdadero pecador es el que procura encubrir y empequeñecer su pecado, el que lo pubilca y abulta, sólo con eso se lo hace perdonar. Siga, siga acusándose a sí mismo sin piedad; aplíquese los calificativos más afrentosos; complázcase en cubrirse de cieno...! ¡Cuanto más trata de mancharse, más se purifica...! Alma a la que una leve falta produce el mismo remordimiento que un crimen enorme, es un alma grande, que solo admiración y alabanzas merece. Usted no ha cometido más que un pecado verdadero del que debe arrepentirse: el de haber juzgado con injusticia a... cierta amiga suya, creeyéndola capaz de guardarle rencor por.... una niñería... No, no sólo no ha

perdido usted por eso a sus ojos, sino que con ello le ha dado la prueba definitiva de su bondad.

MAR. (*Limpiándose las lágrimas.*) Cecilia, por Dios, no me vuelva usted loco, porque creo que esas palabras significan...

CECI. Significan que Barbilundi conoce muy bien a las mujeres y tiene razón en cuanto afirma; o al menos desde que dijo usted que quería a Eugenia sentí que aumentaba mi cariño.

MAR. ¡Cecilia!... ¡Cecilia de mi alma!... De modo que ha triunfado al fin la psicología.

CECI. No, ha triunfado el amor. (*Al ver a Juan, que muy descompuesto entra en escena por la izquierda.*) ¡Ah!

GERV. (*Entrando tras él.*) ¿Qué vas a hacer, Juan?

JUAN (*Acercándose al mueble donde puso Cecilia las cuartillas y cogiéndolas.*) ¡Rompe esto! ¡No quiero que nadie vuelva a reirse de mí! (*Rompiendo las cuartillas y arrojando los pedazos al suelo.*) Ya puedo desí como Cizerón: «Diletanti es Cartago.» (*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA



Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Duodécima edición.)
De balcón a balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Séptima edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Celos, entremés en prosa. (Tercera edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervos y Carbonell.
A primera fila, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir a tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un sólo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras! sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa. (Tercera edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico, con musica del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La niña de las planchas, entremés lírico. (Segunda edición.)
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es ná, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de la Jarosa, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Lolita Tenorio comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
Hugo de Montreux, melodrâma en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
La traición. melodrama en tres actos.
Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
Adán y Evans, monólogo.
El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Sexta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Tercera edición.)
Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros. Música del maestro Calleja.
El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)
John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable, en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
Los rifeños, entremés en prosa.
El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Versalles madrileño, sainete en un acto.
El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
De rodillas y a tus piés, entremés. (Segunda edicion.)
La casona, comedia dramática en dos actos.
Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Garabito, chascarrillo en prosa.
La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La fórmula 3 K 3, disparate en un acto. (Segunda edición.)
Las famosas asturianas, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.
La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)
La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives. (Cuarta edicion.)
Los planes de Milagritos, apunte de sainete.
Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.
La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.
El mal rato, paso de comedia.
Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La razón de la locura, comedia gran guiñolesca, en tres actos. (Tercera edicion.)
Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edicion.)
El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)
La mujer, paso de comedia.
Pepe Conde o el mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)
La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Tercera edicion.)
Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.
Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)
San Pérez, juguete cómico en tres actos.
El Parque de Sevilla, zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)

El castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés (Segunda edición.)
La hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
El fresco del fuego, entremés.
El ardid, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
Los planes del abuelo, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
El pecado de Agustín, comedia dramática en tres actos.
Dentro de un siglo, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La farsa, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
El número 15, sainete en tres actos. Música del maestro Guerrero. (Segunda edición.
Tirios y Troyanos, juguete cómico en tres actos.
El sinvergüenza en Palacio, zarzuela en tres actos. Música de los maestros Vives y Luna.
La señorita Angeles, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
De lo vivo a lo pintado, juguete cómico en dos actos.
El conflicto de Mercedes, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
¡¡Plancha!!, entremés.
Regina, comedia en tres actos y un prólogo.
El Goya, juguete cómico en dos actos.
Los frescos, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
La pluma verde, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
El Vaticinio o S. S. S.
El Rey nuevo, zarzuela en tres actos. Música del maestro Jacinto Guerrero.
¡Ay, que se me cae...!, monólogo.
Las hijas del rey Lear, comedia en tres actos, original.
Las cosas de Gómez, juguete cómico en un acto.
El filón, comedia en tres actos, original. (Tercera edición.)
Las alas rotas, comedia en tres actos, original. (Tercera edición.)
La muerte del Dragón, cuento en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, en prosa y verso, con los ripios absolutamente indispensables.
La mujer de nieve, zarzuela bufa en tres actos. Música de los maestros Rosillo y Moreno Torroba.
Castigo de Dios, comedia en tres actos. Música de Angel Barrios.
Bartolo tiene una flauta, sainete en tres actos.
Los sabios, comedia en tres actos.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

Precio: 4 pesetas